

HISTORIAS DE LA PERIFERIA

I N D I C E

- I Apuntes Sobre el Aniquilamiento (Historias del Malmorir)
 - I El Síndrome del Término Anticipado
 - II La Afasia del Poder (Afasia P.)
 - III El Síndrome de la Mirada Invertida

- II Viajes a Lugares Remotos
 - I El País de las Pieles Vivas
 - II El País del Escarabajo del Vicio
 - III El Hombre que hacía Llegar el Invierno

- III En Una Ciudad Amurallada
 - I La Muralla en Espiral
 - II El Espejo en la Muralla
 - III La Muralla de Papel

- IV De los Hombres que aún no han Muerto
 - I Las Tumbas Frías del Guallatire
 - II Los Cementerios Vacíos
 - III Encuentro en

FORMAS SECRETAS DE MALMORIR

Nota Preliminar:

La reserva de enfermedades del hombre y de los animales es ilimitada. Su conocimiento, en cambio, no lo es. Más aún, hay enfermedades que han sido, sistemáticamente, ocultadas por el hombre. Un temor supersticioso a veces, de claro contenido moral otras, o político algunas, han impedido que la humanidad, en distintas épocas haya conocido el mal que la afecta o la diezma. Ha sido el caso de la epilepsia, del hidrocéfalo, de la peste, de la sífilis y de la malaria. También lo fue del SIDA, conocido, muy conocido desde la lera. guerra mundial y mantenido el secreto hasta la década del 80.

A veces ha sido necesario este velo sobre esas enfermedades otras ha sido indispensable descorrerlo, para terminar con ellas y erradicarlas o quizás, simplemente para mantener en el sigilo a otras que podrían, efectivamente, cambiar la faz del mundo y el curso de la historia.

Estas "Formas secretas de Malmorir", tratan sobre ellas.

I.- El Síndrome del Término Anticipado (STA)

En Octubre de 1957, Eduard Kunstborg profesor adjunto de ornitología de la Universidad de Kassel publicó, en la revista hebdomedaria del departamento de su Facultad, sus comentarios en torno a un manuscrito de Pomus de Malesme.

Este manuscrito había sido hallado por un grupo de investigadores del Instituto de Recuperación de Documentos Antiguos de la misma Universidad, en el dispensario de una antigua iglesia de la ciudad de Magdeburgo.

No es la única obra de Pomus de Malesme, quien era conocido por los naturalistas por un tratado más extenso sobre la fauna de la región del Elba la que es incluso citada por Hooker, Wallace, De Vries y Darwin.

Tanto en su Tratado, como en el Manuscrito, Pomus de Malesme se revela como un agudo observador de los pájaros depredadores nocturnos y en este último, de la misteriosa muerte de miles de autillos en la primavera de 1493, fecha de la plaga de las cigarras aladas.

Señala Pomus de Malesme y a ello se refiere especialmente Kunstborg en su publicación, que esos pequeños buhos murieron masivamente al carecer de su alimento natural constituido por la pálida larva de la llamada cigarra de diecisiete años, que ese año había pasado al estado adulto.

La ninfa de este insecto vive enterrada en el humus del sotobosque por exactamente esa cantidad de años, años durante los cuales es el alimento del autillo y al cabo de los cuales reinicia su metamorfosis. Entonces se transforma en un adulto alado, se reproduce y muere, la larva cae al suelo y se entierra por otros diecisiete años. Si en ese período de tiempo no fuera depredada, parcialmente, por el autillo Europa no habría sobrevivido a las plagas posteriores de las cigarras.

Llama la atención señala Pomus de Malesme, lo que es reafirmado por el biólogo alemán, que los Autillos antes se reproducen y empollan y después mueren. Y no de hambre, sino

que de una rara enfermedad que les perfora el cuerpo y los vacía de su sangre.

Pomus de Malesme examinó los cadáveres de más de trescientos autillos y sus hallazgos fueron idénticos.

Concluyó diciendo que a estos buhos los mata la certeza de la hambruna, más que la hambruna misma.

Kunstborg, por su parte, afirma que existen antecedentes de que este ciclo autillo-cigarra se reproduce cada diecisiete años y tres meses y que en el otoño de 1963 debe ser esperado el siguiente. Y aunque la cantidad de autillos es sensiblemente menor que la que había en 1493, es posible asegurar que ellos morirán de la misma muerte que la descrita por Pomus de Malesme.

Y al final de su trabajo aparecido en el hebdome-dario citado, Kunstborg propone llamar a la enfermedad que mata a los autillos, con un rebuscado eufemismo: S.T.A. Síndrome de término anticipado.

La publicación de Kunstborg no fue polémica ni tuvo detractores, excepto la alusión peyorativa que de él hacen Taylor y Ochoa-Yáñez en un artículo aparecido en la revista *Campus*, de la fundación Marcher's. Y hubiera pasado inadvertida si Sezeko Ku no publica en un *Biology Jap* su controvertido trabajo sobre la muerte súbita en animales, en 1964.

El científico japonés parte de las aseveraciones de Pomus de Malesme, acepta las proposiciones de Kunstborg y basándose en el estudio hecho por el mismo de 45 autillos muertos en el otoño de 1963 en Kassel por los que envió desde Tokio, y de otros animales, describe ejemplos y propone una hipótesis.

Partiendo desde esta última, asegura que la impotencia ante la muerte inevitable, el temor a la sobrepoblación, la inminencia de la extinción, el convencimiento de la inutilidad del apareamiento, el rechazo a la cópula y la certeza del canibalismo pueden provocar la muerte súbita. Y no sólo de individuos, también de generaciones y de especies completas. Y esta muerte toma la forma anatómo-patológica del STA.

Y cita ejemplos; la polilla que muere al acercarse, sin poder evitarlo, a una vela, no muere chamuscada por el efecto del fuego, muere antes, subitamente o el bisonte americano, cuya desaparición había empezado antes de la llegada de los colonos, cuando ya las enormes manadas habían terminado con el pasto y con el agua. Lo mismo que los osos panda, incluso los cautivos, que saben que el ciclo del bambú llega a su término. Y las mulas y burdéganos que después del primero e inútil apareamiento, caen fulminados y los lobos marinos, obligados a abandonar el territorio de sus hembras, caen en el letargo y mueren sin una gota de sangre en sus venas. Y las arañas llamadas viudas negras, seis de cada diez mueren con el cuerpo perforado después de haber devorado al macho que las fecundó.

En 1967, en un artículo marginal del Nature, aparece el trabajo de Julius Banfield sobre el S.T.A. y acusa a los médicos e investigadores de negligencia frente a la evidencia de este mal. Compara la ceguera de los científicos contemporáneos con la de Aristóteles y la de Plinio que aunque descubrieron el S.T.A. en su "Historia los Animales" el primero y en los treinta y siete libros de Historia Natural, el segundo, no fueron capaces de identificarlo.

Los trata de ignorantes, como al mismo Hohens-
taufen que en su célebre tratado de cetrería no pudo ver las heridas, la falta de sangre y la muerte en vuelo de la gran mayoría de los pichones antes de ser atrapados por el terzuelo. Los trata de fariseos como a Curvier, iniciador de la anatomía comparada y sólo rescata a Linneo, por sus observaciones sobre la mariposa Io, en las que reconoce extrañas perforaciones en sus alas, cuando han de morir en el pico depredador de la abubilla.

Banfield no se queda aquí. Las emprende contra los paleontólogos que no reconocieron las secuelas del S.T.A. en el fósil del mixopterus, ni en el saltamontes atrapado por el ámbar en el oligoceno y termina descalificándolos groseramente al asegurar que los célebres restos del Hombre de Grossetto, guardados en el museo de Paris, tiene claras evidencias del mal descrito por Pomus, Kunstborg y Sezeko. Es el primero en señalar que hay evidencias claras de intentos de ocultar esta enfermedad.

Ese mismo año, poco antes de la navidad, y en la revista de Antropología Médica de la Universidad de Heidelberg, aparecen las proposiciones de Manfred Rust.

Es cierto que sus argumentos son tangentes con la metafísica, pero sin duda demarcaban peligrosamente al S.T.A. Rust señaló que, en base a los estudios publicados por Kunstborg, Sezeko y aún Banfield, era posible pensar que el S.T.A. es una realidad tanto en los seres que carecen de racionamiento, como en los que poseen y que en estos hay un factor desencadenante del mal que vincula definitivamente a los que lo padecen. Este elemento común es el intolerable e inevitable sufrimiento a que ese ser humano esta sometido. Este puede ser un sufrimiento físico, como el dolor o la tortura, moral, como el miedo, la humillación o el abandono. Puede ser una padecimiento intelectual como el error o religioso como la frustración mística o la pérdida de la fé. También puede ser un sufrimiento político como la pérdida del poder o pecuniario como la ruina. Pero lo más grave es que puede ser un sufrimiento como especie ante la evidencia de un aniquilamiento total como la guerra nuclear. Lamentablemente, Rust no pudo dar ejemplos concretos del S.T.A. en humanos. No fue necesario.

Tres meses después de publicado el artículo de Rust, en el Criminology de Mayo de 1968, Rufus Schiavezscajnski, revela los hallazgos de veintiocho autopsias hechas a veinte hombres y ocho mujeres del Ghetto de Varsovia en 1945. Todos llevan la marca del S.T.A. Perforaciones de tórax y abdomen y exsanguinidad total.

Pomus de Malesme, que tomó su nombre de Robert de Malesme, fundador de Citeaux y restaurador de la orden benedictina y que como monje habitó una o dos de las quince mil abadías de esa orden que habían entonces en Europa, murió por ahí por 1512. El no alcanzó a conocer la obra de Kunstborg. Kunstborg no alcanzó a conocer la de Sezeko ni Sezeko la de Banfield. Los tres murieron poco después de ver publicados sus trabajos.

Rust conoció el artículo de Schivezscyanski, pero este no el de H. Hamilton, sobre los resultados del estudio de los cuerpos de cinco esclavos negros linchados en 1951 en Atlanta. También tenían los estigmas del S.T.A.

Es el último trabajo sobre el S.T.A. divulgado.

El SIDA empezó a ocupar, paulatinamente, el interés de la ciencia y la salud pública. A pesar de que hay

información fidedigna que las revistas científicas médicas empezaron a ser inundadas con literatura sobre el S.T.A., nunca se volvió a publicar nada relacionado con él. Los artículos recibidos eran retrospectivos o actuales, pero todos iban agregando información de gran valor sobre el S.T.A. Desde aquél que utilizando la información entregada por fragmentos antiguos aseveraba que el S.T.A. había ultimado a la mayoría de los espartanos en la batalla de las Termópilas, pasando por las muertes de Sócrates, Alejandro el Magno y Calígula, hasta los protocolos de la necropsia de tres soldados norteamericanos atrapados en la caída de Saigón, perforados y secos. No faltaron los trabajos experimentales, que reproducían el S.T.A. en coballos, conejos y mandriles, ni aquellos referidos a comunidades indígenas como los yaganes y los aborígenes australianos. Se conocieron contribuciones que aseguraban que tanto en Guérnica como en Dresden, la muerte había llegado antes que las bombas. Otras alertaban sobre el peligro de comunidades nacionales enteras, en latinoamérica especialmente, sometidas al riesgo de un S.T.A. masivo por la desesperanza a que las dictaduras militares las somete.

Aún así el SIDA prevalece y el S.T.A. es aún desconocido, como lo son sus verdaderas causas, tan desconocidas como las de las muertes de Pomus de Malesme, Kunstborg, Sezeko y Banfield. Schiavezscaynski no ha vuelto a ser visto y lo último que se sabe de Rust, fueron las palabras que pronunció al final de su última Conferencia en Praga, palabras tan enigmáticas como su paradero.

"No existen muertes extrañas sino enfermedades sin conocer".

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA:

- "Comentario a la Historia Natural de ciertos depredadores nocturnos, de Pomus de Malesme", Jan Sonnebaum (Interhistorical Press 1949).
- "Acerca de un manuscrito del monje benedictino Pomus de Malesme" Eduard Kunstborg (Hebdomedario Fac.Historia U. de Kassel 1957).
- "Fantasias naturistas" John Taylor y Salustio Ochoa-Yáñez (Campus Marcher's Ed. 1958).
- "Muerte Súbita" Te Sezeko Ku (Biology Jap.1966).
- "Aproximaciones históricas al S.T.A." Julios Banfiel (Nature,1967).
- "Acerca del S.T.A." Manfred Rust (Anales Antropología Médica, U. de Heidelberg, 1967).
- "Anatomía patológica derivada del S.T.A. Schiavezscaynski.(Criminology,1968).
- "Hallazgos post mortem contradictorios.Héctor Hamilton (Archives of Pathology 1968).

II.- AFASIA DEL PODER

"Entre otros, hay aún dos hechos en la historia de la humanidad que no tienen una explicación satisfactoria". Esta aseveración le fue escuchada a Déjérine, el célebre neurólogo francés, a comienzos del presente siglo. Y aunque se discutió la calidad de "hecho histórico" de uno de ellos, Déjérine fue el primero que, sin reconocerlo, divulgó lo que hoy conocemos como Afasia P. En esa oportunidad Déjérine se refirió a los trastornos generales del lenguaje y en su introducción aludió al de los constructores de la torre de Babel cuya historicidad es cuestionable y al que sufrió Darío el gran rey Persa, en su última batalla contra Alejandro cuando sus ordenes viciosas e incomprensibles confundieron a sus tropas y allanaron el camino de la victoria del Macedonio.

Déjérine no fue el más importantes de los afasiólogos, pero debe destacársele cuando se trata de la Afasia P.

En los trabajos clásicos y no clásicos de la investigación de la afasia o del déficit global o parcial del lenguaje, hay referencias más o menos evidentes a la Afasia P. Pero son siempre casos aislados, de individuos sin importancia en el transcurrir de la historia, simples pacientes de clínicas y sanatorios, pero con dos características comunes que debieron llamar la atención a los pioneros de la especialidad. Con mayor razón si sabemos que por entonces ya había sido publicado el trabajo de Kunow sobre dos generales napoleónicos y sus extrañas órdenes de mando en la derrota de Leipzig.

De las publicaciones conocidas es importante relevar, por ejemplo, el caso del paciente 225, de la clínica provincial Renana objeto de un trabajo de Pick, aparecido en el *Nervenarzt*.

A.D., anciano líder gremial de los comerciantes de su ciudad, sufrió, en el transcurso de una convención de su orden, una brusca modificación en el contenido de sus palabras lo que significó un vuelco inesperado en el discurso que pronunciara. Y en sus consecuencias.

A.D. era un conciliador, un hombre de paz que, sin embargo había mostrado ciertas debilidades hacia los ricos y los poderosos. Especialmente en el último tiempo. Se atribuía esta inclinación a una desmedida ambición que se le había dejado caer con la vejez y por ella ya se pensaba en reemplazarlo en su cargo.

En la ocasión se trataba de tranquilizar a los comerciantes, muy irritados por la imposición de un tributo para el ornato de la ciudad.

A.D. estaba a punto de convencerlos de aceptar el impuesto cuando le sobrevino la crisis en el habla. Entonces, estimulados por una arenga inédita, los comerciantes salieron a la calle a defender sus derechos y se enfrentaron con la policía.

En la refriega murió un guardia montado y con la cabeza irremisiblemente rota, al golpeársela con un búcaro lleno de flores, un querido relojero de la vecindad.

A.D. fue encarcelado a la espera del juicio que determinaría las responsabilidades.

El juicio no alcanzó a desarrollarse. A.D. murió al segundo día de su prisión preventiva clamando con lenguaje de anarquista y mirando con ojos de paloma. Sus funerales se llevaron a cabo bajo el sigilo de quienes creyeron que había perdido el alma.

Otra nota científica es entregada por Nasse el conocido neuropatólogo alemán y vale la pena destacar pues corresponde a una antípoda de la anterior. Se trata de un legendario asesino y salteador de la región limítrofe de Amberg que en el invierno de 1890 fue cercado en un villorio con un botín de nueve atracos y el llanto de tres rehenes. La nieve, el cierzo y la ferocidad de Johannes Blumm, como se llamaba el bandido, impidieron que los hombres armados que lo copaban pudieran acercársele por dos días, días en que arrojó, sucesivamente, los cadáveres de dos de sus rehenes ensartados en un herrón. Cuenta el sobreviviente, según Nasse, que poco antes que le tocara su turno, en la tercera jornada de pesadilla, Johannes Blumm sufrió un cambio repentino. Aunque mantuvo su agresividad de carnicero, recitaba poesías con voz de improprios, alabanzas con voz de amenazas y vociferaba rezos en lugar de maldiciones. Cuando se entregó, caminando vacilante, sus verdugos que no esperaron que se levantara la tremolina para ultimarlo, advirtieron que moría con palabras de beato en su boca y odios de lobo en sus ojos.

En ambos casos clínicos, en las dos personalidades descritas, resaltan las características de líder y la condición de

de terminalidad de ese liderazgo. Estas coincidencias serán determinantes en el diagnóstico posterior de la Afasia P.

En lo que se refiere al conflicto producido en la construcción de la torre de Babel, sobre la que se pronuncia Déjérine, no se ignora que la alteración de la lengua en ese zigurat de Mesopotamia se inicia en el arquitecto jefe y luego se extiende al resto de los obreros y artesanos. No es posible conocer mayores antecedentes sobre ese episodio bíblico. No obstante lo anterior. No cabe duda que el objetivo de esa pirámide se frustró lo mismo que el ansia de trascender de quien la diseñó.

De Darío, rey de los Persas y su derrota final frente a Alejandro Magno, se puede obtener mayor información. Si espíritus más observadores y curiosos hubieran complementado el aserto de Déjérine con el estudio de Kunow, el conocimiento de la Afasia P. no se habría retrasado tanto.

Darío, como se lee en antiguas tablillas de arcilla, tuvo un raro comportamiento, primero en la batalla de Arbela, en el año 331 y luego en el desastre final en Issos en el 333. Incluso el mismo Alejandro reconoció que si la caballería de arqueros persas no hubiera lanzado sus flechas al aire como si quisiera matar halcones y si sus "inmortales", aquellos imbatibles guerreros escogidos, no se hubieran despojado de sus aéreas corazas egipcias, otro habría sido el resultado en Issos.

Darío fue asesinado por el sátrapa Besso, tres años después. Dicen que pedía agua sin tener sed y que agradeció con un gesto el golpe de la espada del traidor.

No se detiene aquí la información sobre la Afasia P.

Hoy día es reconocido el hecho de que quienes presentan clínicamente esta grave alteración del lenguaje no siempre tienen una lesión cerebral demostrable en la anatomía patológica. A veces tampoco se puede hacer el correlato, pues la autopsia es inalcanzable. La tendencia actual sin embargo es atribuir la Afasia P. a un trastorno isquémico irreversible cuyo origen estaría en la arteria angular, rama de la Silviana o arteria cerebral media.

Mucho se avanzará en el estudio de la Afasia P y al final con seguridad se delinearán perfectamente su semiología, su

evolución natural y la lesión neurológica que la origina. También se ha asimilado el padecimiento a ciertos tipos de epilepsia del lóbulo temporal al comprobarse que muchos enfermos, antes de sufrir la crisis sicomotora, comienzan a hablar "en lenguas".

No han faltado quienes la han atribuido a trastornos químicos o metabólicos e incluso al abuso del alcohol o del rapé, pero por sobre todo ello, quedará la evidencia innegable que sólo afecta a algunos poderosos, con rasgos de exaltación de la primitividad y cuya vida declina.

Investigaciones reservadas dan cuenta que Mussolini perdió el italiano poco antes de morir y que se dirigió a quienes lo iban a ejecutar en una lengua parecida al rumano.

Hay quienes aseguran que Goebbels, conocedor del síndrome y de su lugar en la escala de sucesión de Adolfo Hitler, quiso aprender con urgencia el Esperanto, único antídoto contra la enfermedad según Helmut Cassis, su neurólogo particular.

Por lo demás, hay señales prodrómicas previas que permiten sospechar que el mal está en desarrollo, pero en ningún caso ellas permiten asegurar categóricamente que el cuadro clínico llegará a su fin.

La literatura médica abunda en comunicaciones en que se alude a una distinta forma de Afasia. Una Afasia que no corresponde a las clásicas descritas por Gall, Wernicke, Broca o Finkelnburg o a aquellas conocidas como afasia total, mixta, motora, amnésica, semántica o paroxística. Pero pocos por no decir ningún neurólogo se atreve a distinguir, de una vez por todas la Afasia P. Peligraría su cátedra o su clientela.

En cambio el conocimiento sobre ella debe comunicarse a través de literatura médica reservada, cuando no clandestina. Lo mismo sucede con el Síndrome del Término Anticipado, con la enfermedad de la Mirada Invertida o con el cuadro descrito por Riofuerte y que se ha dado en llamar de Acumulación Simultánea.

En esta literatura marginal se asoman otros detalles sobre la Afasia P. Como colofón cabe referirse a la forma con que atacó a Trujillo, el dictador de República Dominicana, y que es la primera señal de la posibilidad de concomitancia clínica entre Afasia P y Agrafia. Esto, ya que lo que no se entendía y todavía

hoy no se entiende en este asesino no es su discurso, es el contenido de los artículos que por propia mano escribía y hacía publicar, al término de su vida, en los periódicos de su propiedad. Además, Candela, nombre de batalla de su amante, atestiguó ante el juez letrado que investigaba el asesinato de Trujillo, que este, antes de morir y ya acribillado habría dicho

- Me viven, Candela, me viven.

Somoza, lo confirmó uno de sus victimarios, ordenó al conductor de su auto al salir de su casa y ante testigos que recorriera el camino que sus propios hombres de seguridad le habían advertido que evitara. Se ignora lo que dijo antes de recibir el obus que lo mató.

Numerosos hombres de fuerza, industriales, dictadores y gobernantes han muerto también, no mucho después que sus discursos se hicieran incoherentes.

Se dice que pronto ello será conocido, desde las páginas del Neurology Century, gracias a un acabado trabajo del conocido lingüista y neurólogo canadiense Robert Mengolian Huss.

Referencias consultadas:

- "Acerca de las Afasias" Conferencia dada por Déjérine en el Hospital Saint Anne, Paris (1928).
- "Über die agrammatischen Störungen" (W.Pick,Nervenartz,1913).
- "Afasia de Guerra. Estudio de lar órdenes de batalla de dos oficiales napoleónicos de Leipzig" Iván Kunow (Rev. del Círculo Napoleónico,New York Pres,1923).
- "Estudios sobre la Afasia Motora Amnésica". I. Nasse,(Pathologie,1886).
- "Babel, una Confusión en la Historia" John Clavell (Ed.Braco,Chicago,1962).
- "Persia y sus reyes" Antonio Escuder-Marcha. (Ed.Gemen,Barcelona,1958).
- "Esperanto, lengua Universal" Helmut Cassis,(Rev. de Idioma y Linguística,Trad. del Alemán, Ed. Valencianas, 1951).
- "Afasia y trastornos del lenguaje, Clínica y tratamiento". A.Leischner,Ed. Salvat, Barcelona 1982).
- "Comunicación personal. Afasia P" Robert M. Huss.

III.- SINDROME DE LA MIRADA INVERTIDA

La primera señal percibida por los fieles de la parroquia metodista de Allentown, cerca de Filadelfia, de que el pastor Fred M. Wallace tenía dificultades con su vista, fue un domingo de otoño del año 1906.

Fue un signo misterioso, a toda evidencia, y que sólo pudieron advertir sus ayudantes más próximos y también las dos más antiguas familias del lugar y que por derecho ocupaban los bancos de la primera fila del pequeño templo. (La de Morrison, el joyero y la de Dermott, el segundo alguacil).

Margot, la hija adolescente de los Morrison declaró, posteriormente, que le había parecido que el reverendo Wallace ya no los veía. Que aunque en sus ojos ella distinguía nitidamente el reflejo de la luz de la mecha de aceite en el altar, y aunque podía asegurar que las pupilas del reverendo recorrían atentas las caras de los asistentes, sin embargo la inestable profundidad de su mirada se había ido y permanecía quieta como una pecera vacía.

- El se estaba mirando a sí mismo - señaló Margot al médico.

- ¿A sí mismo?

- Sí, a sí mismo, y con los ojos abiertos - añadió la niña sin titubear.

Las afirmaciones de la hija de los Morrison desataron una breve controversia en Allentown y no sólo en el reducido ámbito médico sino que también en el clerical. Y si la polémica no se transformó en una embarazosa discusión teológica fue porque todos, pastores y feligreses, pronto se olvidaron de Fred Morton Wallace y de su muerte.

Porque Wallace murió la noche del mismo día en que se descubrió su mirada extraviada y ni su hermana Esther, con la que vivía desde hacía más de treinta años, pudo cerrarle los párpados hinchados por una rara congestión.

Los responsables de las exequias tuvieron que cerrar la tapa del féretro. Con ello no sólo impidieron que la gente del pueblo se despidiera de Wallace; también que se enteraran que sus enormes ojos abiertos ya no eran blancos y de pupilas negras,

sino que negros con las pupilas blancas.

No hubo reconocimiento del cadáver por el médico judicial y nada o casi nada hubiera sucedido ni ningún debate desarrollado, a no ser por el comentario final de Esther, la hermana, cuando ya bajaban el cajón a la fosa.

- Sólo me inquieta su salvación - dijo en insuficiente voz baja - porque en el último tiempo aseguraba con mucha frecuencia que se estaba pareciendo a Dios.

Algunos dijeron, apoyandose en los testimonios de Esther, que su muerte había sido provocada por la soberbia de sus afirmaciones y que era castigo de Dios a quien quiso asemejarse. Otros señalaron citando a Margot, que el pastor había dirigido la mirada hacia su alma con tal intensidad que su corazón se había detenido en el descuido. Los más declinaron toda interpretación y atribuyeron la muerte de Wallace a causas estrictamente naturales. Todos, al final, perdieron el interés y no había pasado ni un mes cuando ya nadie se acordaba del infortunado pastor. Lo que de el hoy se sabe, se sabe gracias a la bitácora de su iglesia y a la comunicación personal que Margot, siendo ya mujer, le hiciera a Linus Spencer, profesor de Oftalmología que la atendía por su miopía. (Spencer tiene un caso similar publicado, aunque con otro diagnóstico, en el *Advances in Ophthalmology*.)

El caso anterior es el punto de partida del conocimiento de lo que hoy, en el ámbito médico reservado, se denomina "Síndrome de la Mirada Invertida".

Como toda enfermedad o manifestación biológica anormal, es posible encontrar elementos comunes, además de la sintomatología y signología, en los hombres y mujeres que antes de morir invierten la mirada.

Las primeras evidencias clínicas de esta enfermedad, que como tal no fue reconocida entonces, se encuentran en las observaciones del cirujano francés Antonio Maître Jean, nacido en 1650. Este hombre era especialista, en esos épicos años de la medicina, en la operación de las cataratas. Las efectuaba haciendo penetrar una aguja afilada a través de la córnea, llevando después la aguja de arriba abajo, arrancando la supuesta capa turbia como quien descorre una cortina. Sorprendentemente tenía algún éxito con su procedimiento excepto, como dejó establecido en su "Opera de L'eau

descendant" en aquellos pacientes que "tienen invertidos los colores externos del ojo". Estos morían inexorablemente, antes de recuperar la visión. También describe a estos infortunados como príncipes o pordioseros que en la vesanía producida por su ceguera, creían ver a Dios en la profundidad de sus tinieblas.

Brisseau, gran operador de cataratas a principios del S.XVIII describió hechos semejantes y Jacobo Daviel el gran oftalmólogo de fines de ese siglo, ratificó lo afirmado por aquél.

Daviel en el apogeo de su fama fue consultado por James Hargreaves, el inventor de la famosa máquina Jenny, que revolucionara la industria textil al dar el primer paso a su automatización. Ya los socios de Hargreaves habían advertido sobre su megalomanía al descubrir que el inventor se sentía, por su descubrimiento, cerca de Dios. Pero como notaron un extraño sesgo en su mirada y una verdadera torpeza visual, lo llevaron donde el gran Daviel. Este se negó a operarlo después de examinarle los ojos.

- Morirá pronto - dijo - pues ya tiene el ojo invertido.

Ya no se puede dudar que la mirada invertida puede diagnosticarse con un simple reconocimiento visual del globo ocular. Tampoco que quienes presenta este signo sufren de una muerte pronta y que esos ojos, después de muertos, se hinchan de tal modo que nadie puede cerrarlos.

Benito Carpaccio, profesor de semiología oftalmológica de la Universidad de Bolonia entre 1899 y 1912 recopiló tres casos de Mirada Invertida. Dedicó algo de su vida en hurgar en la historia de la medicina y cuando ya estaba jubilado pudo asistir a un hombre aquejado de esta enfermedad.

Ni éste ni los tres casos anteriores fueron objeto de publicación en ninguna revista científica conocida y si ha sido posible tener acceso a ellas fue gracias a un discípulo de Carpaccio, que hizo entrega de los apuntes y notas de su maestro al museo de la Medicina de su ciudad donde fueron descubiertos.

Uno de los casos recopilados es aquél referido al rey asirio Asurbanipal y al estudio acabado de aquella estatuilla de terracota roja que lo muestra con sus barbas y faldas características y que estuvo expuesta hasta hace poco en el Museo Británico.

Asurbanipal, constructor de Nínive, guerrero victorioso y cruel, al final de su vida quiso emular a Gilgamesh, aquél hércules y semidios mesopotámico que buscaba la vida eterna. Carpaccio asegura que la estatuilla fue hecha por el artista frente a Asurbanipal, cuando el rey ya había sido tentado por la soberbia de creerse Dios y por eso sus ojos son rojos donde debieran ser blancos y blancos donde debieran ser negros.

El otro personaje citado por Carpaccio es un papa de los primeros siglos, pero hay confusión en los signos que refiere el recopilador, lo que hace imposible su plena comprobación.

De todo el legado de Benito Carpaccio, el testimonio más valioso y significativo en términos de una descripción semiológica del Síndrome de la Mirada Invertida, está en el caso Confucius. Era este un santón milagrero y trashumante que a pesar de su prédica cristiana se hacía llamar como el filósofo chino.

Con su porte ahilado y su ropa andrajosa recorría Confucius la campiña entre Imola y Parma pernoctando muchas veces cerca del hospital donde trabajaba Carpaccio. Era un hombre inofensivo que pretendía llamar a sus seguidores con un cencerro y que vivía invariablemente de la caridad pública.

Una noche de mucho frío, el celador del hospital interrumpió en su despacho al profesor Carpaccio y le informó que Confucius, de verdad, se había vuelto loco. Que con una capuchina encendida en su mano y totalmente desnudo, cantaba salmos en la puerta del sanatorio.

Carpaccio ordenó que lo hicieran entrar. Lo examinó antes que lo vistieran y descubrió que Confucius ya tenía los ojos pardos. El infeliz, ya medio muerto, aseguraba que la luz de su capuchina era la Luz y que él había venido a traerla al mundo.

Carpaccio hizo sacar los ojos del cadáver de Confucius, guardó uno en un frasco con alcohol y estudió el otro. Negro como una bola de carbón, blanco su interior como la nieve más pura.

"Quienes por soberbia o locura, escribió, vuelcan su mirada y sus intenciones, quienes por pretensiones mesiánicas o excesos místicos, intentan torcer otros destinos, enceguederán y morirán con sus ojos invertidos".

Wallace, Asurbanipal, Hargreaves, Confucius son algunos. Ema Braun, se afirma, habría enloquecido al ver los ojos de Hitler antes de la caída de Berlín. Calígula murió apuñalado pues no pudo ver a tiempo a sus agresores. El verdugo tuvo que hacer de lazarillo antes de guillotinar a Robespierre. Duvalier empezó a usar anteojos oscuros poco antes de morir.

"Se reconoce el advenimiento de la enfermedad antes de los cambios de la córnea o las pupilas. La mirada se vuelve desconfiada y errática, no se ve lo que se mira, se duda de lo que se ve. El discurso grandilocuente se hace disonante con esa mirada. El brillo se opaca, las pretensiones de dominio sobre los hombres y la naturaleza se acentúan, los ojos se enturbian. La ceguera y la muerte están próximas". Así nos sintetiza Ascher el curso natural del síndrome cuya prevalencia hoy desconocemos, como no desconocemos quienes son más susceptibles de sufrirlo.

Publicaciones consultadas:

- "Sobre cambios pigmentarios de la esclerótica, córnea y otras envolturas del ojo humano". Limus Spencer, (Advances in Ophthalmology, 1928).
- "De l'ean descendant" (Cataratas) en Historia de la Medicina, Robin Fahraens. (Ed.G.Gili, 1956).
- "Historia de la Cirugía", Harveg Graham (Iberia Ed.1942).
- "Medicina Dramática", Hugo Glasser (Luis de Caralt ed.1962).
- "Historia de la Industria Moderna", Morlimer Schriver. (Ed.London West 1949).
- "Archivos del Museo de la Medicina", Bolivia.
- "Historia de los Papas", Leopold Von Ranke (Fondo de Cultura Económico, México 1943).
- "Grandes y Oscuros personajes de la Historia". Pedro Jesús Marín Goycolea, Emedé, Montevideo 1969.
- "Near the P. Syndrome", Wolfgang Ascher. "Rev. de Neurología 1986".

HISTORIAS DE LUGARES REMOTOS

El planeta ha sido vastamente explorado. Los conocimientos alcanzados por esas exploraciones han sido vertidos en forma de notas de viaje, crónicas, ensayos, descripciones, mapas. Al principio la verosimilitud de esos relatos no era puesta en duda, a pesar de su exuberancia. Cuando más adelante la geografía estuvo al alcance de muchos, ya se empezó a dudar de El Dorado, de los gigantes patagones, de los templos de esmeraldas de la India y de las dos vidas de los samurai de las islas de Xipango. Hoy ya no se cree en nada. Apenas en las tortugas descritas por Darwin en las islas galápagos, en las piedras colgantes y los canguros australianos y a veces en las tumbas vivas del Guallatire.

Estas historias de lugares remotos se refieren a hechos de los que habría dudado hasta en la época en que los viajes estimulaban la imaginación más sutil y legitimaban los misterios más arcanos.

I EL LUGAR DONDE NACEN LAS PIELES VIVAS

En la bitácora del Preussen se lee que el 17 de Enero de 1906 cayó a las aguas del Atlántico a 54 grados de latitud sur y a 64 grados de longitud oeste o en un punto cercano, Wolfgang Tannhaus, marinero segundo embarcado en ese barco mercante en Hamburgo en la víspera de navidad de 1905. Era su quinta travesía desde el puerto alemán hasta Cobija, en Chile, donde se cargaba nitrato con destino a Europa y a otras guerras.

El Capitan Fabius Waneroff, en uso de sus atribuciones y aplicando la ley del mar, declaró entonces muerto a Tannhaus. Su viuda y huérfanos, por lo tanto, recibieron los beneficios por "muerte en alta mar" y su nombre fue inscrito en el "Libro de Naufragios y Hombres al Agua" de la Alcandía de Puerto en Hamburgo y Cobija. (1).

De Tannhaus hay dos testimonios posteriores que hacen dudar de su muerte al caer, esa fatídica noche, al océano. El primero lo da su propia viuda, ya vuelta a casar, la que aseguró haberlo visto en Salzburgo, en un concierto al aire libre que se tocaba en un aniversario de Mozart. Afirmó, días después del episodio que el parecido entre ese hombre y su esposo desaparecido era inverosímil así como también el recogimiento con que escuchaba una de las sonatas compuestas por el genio. Y fue la que la llevó a la confusión que la tuvo dos días balbuceando necedades y desconociendo a sus hijos(2). El segundo corresponde a Uko Mokennen, arponero finés que compartió alguna vez el camarote con Tannhaus. "Me contó en cierta ocasión -declaró Mokennen- que su verdadero nombre era Wolfgang Amadeus Tannhaus, por la admiración de su madre por Mozart y que por ello cuando escuchaba su música, se transportaba a su infancia feliz y a su madre inolvidable".

"Por eso se permitía ser cægórico, ya que aquel hombre del prostíbulo, el que usaba ese abrigo que olía a animal vivo, no era otro que Tannhaus, aunque su forma de vestir y su aparente prosperidad lo desmintieran"(3).

Revisando el "Archivo Inédito sobre Viajes a Lugares Remotos" recopilado por Achille Natrivé, el célebre geógrafo bretón, donde además hay notas de Darwin y del gran viajero Biedermann, es posible leer un adendum no comprobado (según Natrivé) que un tal

W. Tarduss le enviara a Aestenius Smith, editor de la ciudad de Bochum, relacionada con los supuestos descubrimientos que habría hecho durante su estadía en una remota y desconocida isla del Atlántico Sur. Esta comunicación del tal Tarduss revela que esa isla "esta habitada por animales carnívoros que recuerdan en aspecto y forma a los conejos..., que sus pieles les sobreviven (SIC) y que son usadas por los nativos que se protegen con ellas del extremo frío y del extremo calor..." Aestenius Smith no se interesó por^{el} manuscrito completo y explicativo que le ofrecía Tarduss.(4).

Cipriano Esponto en su libro "Regiones Australes" incluye un relato recogido en las costas de la Patagonia Argentina que se refiere a una isla no lejana a las Malvinas, donde es posible encontrar "unos raros animales cuyas pieles se agitan y se alimentan mucho tiempo después de haber sido desolladas".(5)

Los antecedentes permiten afirmar, con cierta seguridad, que Tannhaus sobrevivió a las heladas aguas meridionales, que pudo llegar a una isla cercana, que finalmente logró salir de ella y que con el nombre de W.A. Tarduss regresó a Europa un tiempo después.

En 1911, en un aviso comercial aparecido en la revista "Circle", que ha sido reproducido por Vogue y Harper's Bazar, es posible descubrir la primera promoción comercial de las pieles de Vixz, "hermosas, térmicas, únicas, importadas por W. Tarduss desde las más heladas tierras antárticas..."(6)

Estas pieles, que poco a poco fueron ocupando importantes lugares de venta en París, Roma, Hamburgo y Nueva York eran distribuidas por la firma Tarduss en camiones ligeramente refrigerados con hielo y el encargado de entregarlas exigía el pago de inmediato. Nunca una piel de Vixz, por Tarduss, fue dejada en consignación de venta o bajó su precio. La gran demanda, la oferta calculada de la empresa, el uso de esas pieles por todo el munto frívolo de la época y la alta calificación de los expertos, las hicieron más caras y más codiciadas que las del panda dorado del Yangtsé o la del Yak enano de las encumbradas mesetas bolivianas.

Nadie, entonces, conocía la obra de Cipriano Esponto y muy pocos especialistas la nota de Aestenius Smith incluida por Natrivé en su Archivo Inédito. Nadie, tampoco, hubiera creído en esas patrañas.

Hoy día sabemos que Tarduss llevaba un exacto catastro de la venta y comercialización de sus pieles, de la reventa por los inescrupulosos de siempre, de los traspasos, préstamos y regalos, como también de las que se perdían, robaban, desaparecían o se destruían, transformándose de un minuto a otro en un montón de polvo gris con un penetrante olor a estiércol. Sabía Tarduss, con menos de un día de atraso, cuál mujer, en cuál ciudad del mundo estaba usando cuál piel, a que generación de Vixz pertenecía, cuánto había costado y cuándo moriría.

Después también se tuvo acceso al cuaderno completo que Tannhaus-Tarduss le propuso a Aestenius Smith, donde describía esos pequeños y finos mamíferos, que suspiraban mientras eran descuerados vivos y cuya inmediata deshidratación y muerte posterior los transformaba en unos pedruzcos grisáceos, duros como una nuez. También detallaba el ciclo vital de esas pieles vivas, que debían ser alimentados periódicamente con una grasa especial, que Tarduss obsequiaba como lubricante a cada comprador indicándole su uso, y la mortal agresividad que a veces las agita- ba y que podía matar a un cazador diez veces más grandes. Tarduss en su cuaderno narra haber sido testigo de como el armadillo lacustre, depredador natural que alimenta a sus crías con la carne de vixz envejecidos, nunca fue atacado por el despojo de sus pieles. Pero si haber visto la lenta agonía de un enorme oso polar que había destruido por diversión un nido de vixz y que después fue destazado por las pieles que arrastrara a su cueva como trofeo.

Según Jonathan Carlton, que investigó posteriormen- te a las Vixz y a su ecosistema y que conoció los documentos a los que ya se ha aludido, concluyó que esos animales respetaban el ciclo natural de su entorno y que la forma que tenían de morir y de perder la piel era un eslabón en la cadena de reproducción de la especie. Y aún cuando estos estudios fueron ampliamente divulgados después del juicio/ ^{contra Tarduss,} todavía existen algunas damas y actrices que sueñan con cubrirse con un abrigo de Vixz.(7)

Las indagaciones surgidas a raíz del caso Tarduss que se ventiló en los tribunales de Hamburgo y que concitó el interés y provocó el escándalo que hoy todos conocen, permitieron saber de la existencia del criadero de Vixz que el ex marino del Preussen mantenía clandestinamente en Auxerre. Según la anti- gua legislación internacional sobre comercio de pieles, los cria-

deros de animales para esos propósitos debía cumplir estrictas especificaciones para conseguir la autorización de montaje. Tarduss sabía que en su caso eso no era posible.

Leg Titus Hodgkin, dueño de la casa "Fine" y uno de los peleteros más conocidos de Dinamarca, encargó a una agencia privada de detectives que investigara la procedencia de las pieles de Vixz, que le estaban arruinando el negocio, y los que suponía sucios manejos de Tarduss. Esta oficina no sólo develó el misterio de las Vixz y las irregularidades de Tarduss, sino que y aunque no pudo evitarlas, las intenciones del criador.

No le fué difícil a Bronson Ray, el detective Jefe, seguir, desde las Galerías Lafayette al proveedor de pieles. Lo hizo durante tres días y tres noches y a pesar de que el hombre de Tarduss, entrenado para evitar seguimientos y persecuciones estuvo a punto de burlarlo, una vez en la estación de la Croix Rouche y otra en el Jardín Botánico, al final lo condujo hasta Auxerre.

Bronson Ray reconoció, en el juicio, que el lugar lo colmó de asombro. Las Vixz en cautiverio habían desarrollado una virulencia extraordinaria, estimulada por la certeza de las intenciones de Tarduss que no eran otras que servirse de sus pieles para lucrar y el lugar donde las mantenía más parecía un Zoológico de alta seguridad, que el criadero de un peletero. Jaulas con triple malla de acero, guardianes armados y enormes perros enfurecidos utilizados no sólo para alejar a los curiosos sino para proteger a Tarduss de la agresividad de las Vixz.

Esa noche Bronson Ray revisó y fotografió la documentación que Tarduss guardaba en la casa de la villa en Auxerre con la que disimulaba el criadero y en la madrugada cuando en su despacho terminaba de analizar esos papeles para elevar el informe a Hodgkin, descubrió el testamento de Tarduss. Llevaba la fecha del día anterior.

Se puede conseguir una copia de este testamento incluida en el grueso expediente del juicio y que, según los expertos habría bastado para mandar a Tarduss a la horca. En él Tarduss reconoce ser Wolfgang Amadeus Tannhaus, marinero de profesión, natural de Hamburgo y hasta su "muerte" a bordo del Preussen ,

empleado de cubierta de la "Hamburg Transoceanic Nitrate Corporation" (HTNC).

Revela que no cayó por accidente desde el barco, sino que fue arrojado al mar por Kurt Cox, el fornido contramaestre y que habría sido pagado para tal objeto por el capitán Fabius Waneroff y que no había sabido la causa de tal malévolas conducta hasta que, después de pasar un año abandonado en la isla de las Vixz, fue recogido por el pesquero español "Dolores" y pudo regresar a Europa. Que se cambió el nombre y no revertió la legalidad de su muerte porque supo que Waneroff lo había hecho tirar al océano para casarse con su mujer, de la cual era amante desde cuatro años antes.

Que la idea de la venganza lo atrapó en ese instante y que al no poder tentar a su ex-mujer con la compra de uno de sus abrigos de Vixz, ni regalárselo para no levantar sospechas, se vió obligado a diseñar ropa masculina.

Y que ello le había permitido enviarle un capote de sus pieles a la HTNC y por su intermedio a los capitanes de su extensa flota. Si su uso era aprobado por ellos, las pieles de Vixz iban a ser utilizadas por todos los marineros en las frías travesías polares. (8)

Bronson Ray reconoce que el interés por el testamento le restó celeridad a sus acciones. Porque al leer las líneas finales dejadas por Tarduss, supo que el crimen aún no había sido cometido. Waneroff era el capitán más conocido del Mar del Norte y su muerte habría conmovido a Hamburgo.

"Crucé la ciudad a toda la velocidad que me permitía mi automóvil -declaro Ray- y de una patada abrí las puertas de la oficina de la HTNC. Subí las escalas con la esperanza de encontrar la caja característica en la que se entregaban las pieles Tarduss, o al Capitán Waneroff para advertirle.

El Sr. Juez ya sabe lo que encontré".(9)

Tarduss-Tannhaus no fue nunca capturado por la policía, y costó muchos años descubrir la isla ^{hasta} donde llegara el naufrago. Hasta hoy los zoólogos se devanan detrás de una respuesta que de sentido biológico a la existencia de estas criaturas y

los más escépticos afirman que nunca existieron, como tampoco nunca existió Tarduss-Tannhauss.

El único testimonio categórico e indiscutible que sirve para contar esta historia es la evidencia del cadáver devorado de Waneroff, que Bronson Ray encontró en su despacho, bajo la antigua rueda de timón del Preussen todavía envuelto en el abrigo de pieles de Vixz.

NOTAS:

- (1) Registro en Radhaus See, Hamburgo. Pág.231, 1906.
- (2) Testimonios de Brígita Gúdesand.En Juicio "Ciudad de Hamburgo vs.WTa fojas 909.
- (3) Ibid, a fojas 1045
- (4) "Archivo Inédito sobre viajes a Lugares Remotos".Cap.IX: "Los Aportes de Aestenius Smith" Achille Natrivé,Ed.Pellisier, Paris, 1921.
- (5) "Regiones Australes", Cipriano Esponto. Ed.Gérmen,Buenos Aires 1930.
- (6) "Circle", Ed.por "Comercial and Manufacturing Inc." London, Sept. 1911.
- (7) "Malvinal Tarduss, el roedor carnicero de las islas del Cabo". Jonathan Carlton: Ohio Press, Ed.Pub., 1936.
- (8) Testimonio escrito en "Testamento" por W.A.Tannhauss. En juicio Ciudad de Hamburgo vs.WT a fojas 1891.
- (9) Ibid. A fojas 2044.

II EL LUGAR DONDE MADURA EL ESCARABAJO DEL VICIO

Según Sigmund Freud, las neurosis y muchas psicosis son resultado de la incapacidad del ser humano de enfrentar la totalidad de su situación emocional. Esta incapacidad fue considerada por Freud como una insuficiencia en las más elevadas funciones integrativas de la personalidad o, en términos neurofisiológicos, de los más elevados centros integrativos del cerebro.(1)

En un cuaderno de notas de Richard Spruce, el conocido botánico inglés, cuaderno que no está incluido en "Notes of a Botanist on the Anazon" y que fuera divulgado desde los Archivos del Museo de Historia Natural de Londres, se descubre el contacto breve pero significativo que el naturalista tuvo con "una extraña tribu de hombres descalzos, calvos, a quienes se les veía latir el corazón dentro del pecho y que no parecían tener conflictos con ellos mismos ni con sus similares..."(2)

No es posible tener certeza en cuanto a si Spruce conocía los trabajos de Freud, pero así lo fuera o no, las características que describió en esos aborígenes los situaba entre los seres humanos de más alta integración neuronal. Tampoco es fácil saber si Spruce compartía los criterios diagnósticos de las enfermedades mentales del siquiatra vienés, pero sin duda lo que el ve en ese apartado rincón de la selva americana, lo hará afirmar, más tarde, que esos hombres habrían hecho inútil el psicoanálisis.

Según Spruce, los indios descostillados (ribless) como los llamó, que hablaban una lengua que sonaba cercana al guaraní, eran adictos a la picadura de un coleóptero alado, de tres segmentos, cubierto por escamas de un color verde metálico y que les producía un efecto benéfico, tonificante y permanente. El biólogo reconoce que no tuvo oportunidad de hacerse de uno de estos bichos, los cuales eran el mayor tesoro de esa gente y cuya procedencia mantenían en la más absoluta reserva.

Spruce habla, pues, por referencias. No así Raúl Vasco, explorador portugués que en su libro "Un viaje a los orígenes del Paraná" no solo revela la existencia de las sirenas de agua dulce, sino también de un escarabajo (no clasificado) que coincide con el descrito por Spruce (3). Afirma Vasco haber tenido sobre la palma de su mano uno de estos insectos, agónico, después de haber picado en las venas del antebrazo al curandero de una comunidad indígena que habita en las márgenes más ecuatoriales del Paraná brasileño". Este animalejo, no más grande que una almendra europea, de grandes alas azafranadas protegidas por una brillante coraza verde, tiene una afilada lanzeta de corte piramidal con la que a estos indios parece contagiarles la felicidad..."(4)

Vasco asegura, además, haber compartido varias semanas con estos habitantes del bosque amazónico y señala, lo mismo que Spruce, que eran hombres sin conflictos, sin angustias y sin temores. "Varias veces toqué con mis dedos sus pechos latentes y sus cabezas de piel marrón libre de pelos y muchas veces les pedí me dejaran experimentar los efectos de la picadura del escarabajo que llamaban, siempre con respeto e inclinando la cabeza -Vao Lé- Martú so. (5).

Continúa el viajero portugués señalando que al final de su estadía y sólo cuando sus huéspedes tuvieron la seguridad que los abandonaba, pusieron sobre su mano un Vao Lé-Martú só y después de haber inoculado a un ayudante del jefe. "Así pude observar al extraño coleóptero, inconfundible en su mimetismo con su entorno, cuyo veneno, como quise entender desde su complejo guaraní, los hacía hombres libres y en plena comunicación con el gran espíritu que denominaban Vap Ñoe. Del extremo del abdomen de esa alimaña, donde había estado el pequeño garrón y las glándulas productoras, pendía una gota de un líquido cristalino, de luminosas tonalidades verdes y con la que, sin vacilar, moje la yema de mi índice derecho. Ningún gesto percibí en mis amigos cuando me llevé ese dedo a la boca. Por un instante me sentí traspasado a una región más lúcida y categórica. Más adelante supe que en el nombre del insecto y en el vocabulario de estas tribus, "Martú-só" significa "lo fluido", "lo cercano" y también "lo perfecto", "lo cómodo", "lo sereno", "lo apacible". Todo fue muy rápido y antes que pudieran rogarles que me permitieran alcanzar

otra vez ese éxtasis de paz, ya habían desaparecido, haciéndose parte y todo con el bosque circundante".(6)

Raúl Vasco murió en 1915 en el hospital psiquiátrico de Lisboa. Por entonces ya era prisionero irredimible del opio.

Se dijo que siempre lo había sido y que su libro "Un viaje a los orígenes del Paraná" fue escrito, también, bajo los efectos de la droga.

Es sin duda una posibilidad. En este caso habría que calificar también de vicioso a Richard Spruce.

Nos hemos interesado en ese escarabajo inclasificado (insertae sedis) pues aunque lo dicho por Vasco tiene visos de poca veracidad, es posible que las secreciones de este insecto incluyeran alguna sustancia de especial interés para la medicina moderna. Y de este modo la investigación relacionada habría tenido un sesgo netamente científico y no político policial, tal como lo fue.

Todo se inició en el interés que Juan Agustín Bastardo, que no lo era únicamente por su apellido, demostró en el caso clínico representado por Raúl Vasco. Bastardo era un becado de psiquiatría español en aquél hospital portugués donde murió el explorador.

A través de las incoherencias de Vasco, producto de la privación del opio a la que era sometido, Bastardo llegó a la conclusión que ese escarabajo mágico y misterioso existía realmente y que existía asimismo, esa tribu que lo criaba y a la cual era adicta.

Juan Agustín Bastardo nunca estuvo interesado en conocer y obtener las maravillosas virtudes del bicho para beneficio de la humanidad enferma. Sino más bien y los hechos lo demostraron para el lucro y fama personal. Comprendió que la utilización de esa droga animal lo transformaría, de inmediato, en el psiquiatra de más éxito y fortuna del planeta y después de sacarle a Vasco toda la información posible, lo dejó morir poniendo a su alcance una dosis letal del extracto de la amapola.

Bastardo no ignoraba que le faltaba audacia y decisión para viajar al Amazonas y durante dos años se dedicó a

juntar dinero para contratar a quien se atreviera a hacerlo por encargo. Durante ese tiempo buscó infructuosamente más bibliografía sobre el coleóptero y con la colaboración de un geógrafo conocido, a ubicar con exactitud en el mapa americano, el nicho ecológico del insecto y de la tribu.

A fines de 1918 pudo contactar con un desertor prusiano, le hizo saber sus proyectos, le pagó el viaje a través del Atlántico y le prometió una recompensa de quinientos mil escudos si regresaba, en menos de seis meses, con dos parejas del escarabajo y con muestras abundantes de su alimento natural.

Werther Klinger, como se llamaba el soldado, se embarcó en el clipper "Adustus" desde Lisboa la última semana de febrero de 1919 y descendió en el puerto de Santos veintiocho días después.

Klinger no dejó ningún testimonio escrito de sus andanzas y búsquedas en el Amazonas, sí lo hizo Baltazar Coque, en una crónica en el "O Globo". Había sido su guía en el viaje de ida y regreso al territorio de los indios descostillados.(6) Esta tribu no era del todo desconocida en la región, como suponía Bastardo, aunque si los escarabajos que como sabemos sólo habían sido descritos por Spruce y Vasco.

La penetración del desertor prusiano en la jungla y en el poblado fue brutal. Según dijo Coque en la entrevista, (la que pudo llevarse a cabo porque el mercenario lo dejó por muerto en el camino) Klinger utilizó las armas no para defenderse de las fieras ni para cazar su sustento, sino para aniquilar la población de los dichosos indígenas.

Al final, Klinger regresó a Portugal con tres parejas de insectos y con un pomo transparente con el extracto de las toxinas que le arrebató al brujo ante de tirar a matar y se presentó ante Juan Agustín Bastardo exigiendo la recompensa e ignorando que en sus manos llevaba un tesoro mil veces mayor.

Bastardo no se arriesgó. Después de recibir el encargo y comprobar que era lo esperado, citó a Klinger a su despacho para la noche del día siguiente. Con el dinero que tenía y que aún no se aproximabaⁿⁱ a los doscientos mil escudos, compró una Brownie automática y con silenciador. Tampoco le fue difícil

deshacerse del cadáver del prusiano, porque en las pesquisas posteriores no sólo no fué encontrado, sino que se puso en duda de que ese hombre hubiera existido alguna vez. Más aún, hubo quienes aseguraron que Klinger y Bastardo eran una sola persona y que a esta misma había que atribuirle la matanza de los descostillados.

"No eran más de trescientos los habitantes de ese poblado -dijo Coque- el extranjero los hizo formar apuntándolos con la boca de su ametralladora liviana y les dio a conocer su uso disparando contra los tres ancianos de la tribu... entonces el cacique se adelantó adivinando sus intenciones y depositó junto a sus pies la corteza vacía de una baya leñosa donde zumbaban una docena de coleópteros. Ese bruto empezó a tirar otra vez apenas tuvo lo que buscaba en sus manos. No recuerdo bien lo que sucedió después, pues también me tocó una bala; sólo que pareció que el bosque se venía encima, que los hombres aquellos se confundían con la manigua, que Klinger ya no tenía a quien apuntar y que todo se resolvía en una borrasca verde en la que perdí los sentidos.. No puedo saber cómo escapó el alemán..."(7)

Ya en posesión de aquella ponzoña tropical y del secreto de su obtención, Juan Agustín Bastardo esperó con paciencia que el catedrático de siquiatria de la Unidad de Salud Mental de la Universidad de Lisboa presentara, en una reunión clínica, al esquizofrénico más defectual e irrecuperable. Y al término de ella, cuando la opinión unánime de los especialistas era recluirlo en hospital San Cristóbal para enfermos crónicos, pidió que se lo refiriera a su policlínico para intentar, por una vez, un tratamiento nuevo y promisorio.

El viernes siguiente, aquél paciente incurable ya no tenía vestigios de su devastadora enfermedad. La personalidad desintegrada se había normalizado.

Faustino Godoyzaga Corvalho, hijo de una familia de industriales de Setúbal regresó a su hogar curado.

No fue la única ^{curación} de Juan Agustín Bastardo y aunque fue acusado de llevar el celo profesional a grados inaceptables desde el punto de vista ético al no revelar la naturaleza del tratamiento que aplicaba a sus pacientes, su fama se extendió con gran velocidad.

Pronto fue invitado por las más importantes sociedades científicas relacionadas con la siquiatria en todas las capitales de Europa y también empezó a ser acosado de manera intolerable para que diera a conocer su secreto. Sabía Bastardo que ello terminaría con su carrera, pero en 1923, cuando creyó que su prestigio estaba por encima de consideraciones mezquinas y fue amenazado por la Sociedad Neoyorkina de retirarle el título de socio emérito concedido años antes, anunció que daría cuenta a la comunidad científica de su descubrimiento. De todas maneras nadie podría quitarle el crédito de haber usado por primera vez el tósigo emanado por esos coleópteros.

Faltaba menos de un mes para el congreso internacional de Siquiatria de Bolonia donde había prometido divulgar el tratamiento definitivo de tantas enfermedades mentales, cuando una noche golpearon la puerta de su casa. Probablemente llovía con fuerza y el criado que abrió la puerta apenas pudo ver a una anciana, de manto negro, que apretaba con desconsuelo una caja de madera entre sus manos. Pidió hablar con Bastardo para mostrarle lo que llevaba en ella.

Bastardo conocía la máxima del historiador guatemalteco Adrián Leonardo, aquella que dice que en la historia no hay hechos, sino que coincidencias, Y decidió recibirla. Por lo demás su experiencia confirmaba el aserto del guatemalteco.

La mujer, sin despojarse del manto oscuro, se encargó de recordarle que era la madre del paciente que en el hospital fue conocido como Gustavo B., uno de los paranoicos desahuciados que tratara ^{en un} principio. Le informó que, efectivamente, el padecimiento cerebral había desaparecido, pero que el joven había criado desde hacía unos días una peste en la piel que confiaba también le sanaría. Que estaba segura que así como le había limpiado la mente, le iba a limpiar el pellejo de esas llagas verdes que ya casi lo habían devorado.

Bastardo miró con escepticismo como la viejecita abría la caja, pero cuando vio su contenido se estremeció.

Hizo preparar su coche más veloz y junto a la mujer corrió hacia uno de los barrios más pobres de Lisboa donde ella vivía.

Con sólo mirar al desdichado ^{joven} desnudo sobre el camastro, supo lo que estaba sucediendo. El muchacho se estaba muriendo, respirando con dificultad con un torax sin costillas y con la piel cubierta por una armadura de costras verdes y brillantes, similares a las que la madre le llevaba en la caja.

Bastardo no regresó a su villa a donde pocos días después y rodeado de jueces y policías llegó el padre de Faustino Godoyzaga Corvalho indignado por el blindaje verde y coriáceo que le crecía en la piel y por la leve respiración de paloma que lo estaba matando.

Tampoco pudieron encontrar al siquiatra después, cuando una plaga fugaz de escarabajos tropicales, de caparazón verde y aguda lanzeta y desde el sótano de su casa invadió el barrio más elegante de Lisboa, colmando de risa y felicidad a sus desgraciados habitantes.

Sólo después que la plaga pudo ser controlada y que ~~se descubrieron~~ los efectos tardíos que provocaba el coleóptero, alguien descubrió flotando en las aguas del Tagus y desde las sierras de Gardunha el cuerpo de Juan Agustín Bastardo. Dijo que más parecía la enmohecida armadura de un caballero templario que el cadáver del que fuera el más conocido siquiatra portugués.

NOTAS:

- (1) "Introducción al Sicoanálisis", Sigmund Freud. Alianza Editorial. Madrid 1967.
- (2) Notas a las "Notas de un Botánico en el Amazonas" R. Spruce. Technician Books, Londres 1910.
- (3) "Un viaje a los orígenes del Paraná" y "Certificación de especies no clasificadas (insertal sedis)". Raúl Vasco. Ed. Porto, Porto, 1913
- (4) Ibid.
- (5) Ibid.
- (6) "Baltazar Coque, guía y pastos" Diario OGlobo, 16 junio 1919.
- (7) Ibid.

III EL HOMBRE QUE HACIA LLEGAR EL INVIERNO

Cuando en el juicio sumario que se le siguió al cabo del ejército inglés Heather Ashton, el oidor real escuchó el argumento con el que se declaraba inocente, tuvo ganas de reír por primera vez en su seria y desagradable vida.

En efecto. Heather Ashton, cabo primero del noveno cuerpo de fusileros, al mando de un pelotón de treinta y cinco hombres, se extravió -palabra usada por el abogado defensor- en el curso de una exploración y sólo pudo encontrar el camino de retorno al campamento cinco días después.

Heather Ashton llevaba acantonado en la India por más de siete años cuando ocurrió el incidente y a pesar de su brillante hoja de servicios y del Laurel de Bronce, no pudo convencer al tribunal militar que bruscamente había perdido la orientación, que de súbito le pareció estar en un lugar desconocido cuyo clima no coincidía con la estación del año, ni el plumaje de los pájaros con la región que exploraban.

Y no le creyeron porque Ashton era considerado y tenía fama de ser el soldado inglés que más conocía el septentrión hindú y que por ello había sido responsable de guiar más de una vez al ejército a los inaccesibles territorios del enemigo, salvándolo también de cien emboscadas.

- Tuvo miedo, tuvo miedo de seguir adelante- sentenció el fiscal, Coronel Sir Kenth Grossart, encomendado por el alto mando para encabezar el jurado.

Ashton ordenó a su abogado no profundizar en la defensa y aunque no reconoció culpabilidad escuchó impasible la pena por boca del propio Grossart.

- Degradación, baja y tres años de cárcel.

En la tarde del día de la condena y cuando firmaba el acatamiento de la sentencia, le dieron a elegir el lugar de reclusión.

Sin vacilar ni levantar la cabeza, empuñando aún la pluma, Ashton dijo:

- La prisión de Nottingham

Con las manos y tobillos engrillados fue enviado a Inglaterra en la fragata Douwe y a no ser por la carta que le enviara a Donald Hadley, profesor de Meteorología y Geofísica de la Universidad de Manchester, no habría sido posible llevar adelante el juicio que años después se desarrolló en Harrogate.

La carta fue escrita por Heather Ashton en la primavera de 1907, cuatro o cinco meses antes de concluir su encierro y tenía la forma de un testimonio de más de setenta páginas.

Ya por entonces Donald Hadley era uno de los más renombrados expertos climatológicos de Gran Bretaña y tenía numerosos trabajos y contribuciones a textos de su especialidad.

El interés epistolar de Ashton en el profesor Hadley no pudo, entonces considerarse una extravagancia. Durante su reclusión no sólo agotó la lectura de libros sobre climas, meteorología, geografía y otras disciplinas conexas de la biblioteca de la cárcel. También compró, con todo lo que le permitió su exigua jubilación de soldado, libros y revistas afines a lo que ya era una pasión. En la época de los hechos que se narran, Ashton era un hombre cercano a los cincuenta años, algo barrigón, con una cabeza noble y largos bigotes, dorados de tanto fumar. Era soltero y aunque en el juicio que le llevaron salió a la luz su relación amorosa con una pequeña hindú hija de un descastado del Punjab, no se le conoció otra mujer que una que decía ser su hermana y que lo visitaba de cuando en cuando.

Nottingham no era una prisión de alta seguridad y sus compañeros, estafadores, cuentistas, tahures y falsificadores lo tuvieron pronto en alta estima.

Lo apodaban cariñosamente el "loco del tiempo (the weather Madman) y no faltaba ocasión para que lo consultaran. A veces para saber si llovería en el próximo encuentro de criquet con los colegas de la cárcel de Leicester, si la humedad inutilizaría la prensa clandestina donde los hermanos Wyper imprimían sus defectuosas libras esterlinas y los mismos vigilantes,

los viejos para prevenirse del reumatismo abrigándose con anticipación y los jóvenes para pedir licencia con un día de sol garantizado.

Todos los reclusos y sus celadores interrogados posteriormente dieron una respuesta unánime: Ashton Heather nunca se equivocaba, es más, parecía manejar el clima a su voluntad.

Más aún, dos semanas antes de salir en libertad y en medio de la época de las lluvias permanentes, fijó para un día miércoles la barbacoa con la que sus compañeros querían despedirlo. Ese día dejó de llover en el mismo instante en que el comité organizador salía al patio para preparar el carbón.

Sir Keneth Grossart, ya como Inspector General del Ejército Inglés, apareció por Nottingham el siete de Febrero; era la fecha en la cual Ashton cumplía los tres años y un día de prisión.

El alarmante e irreversible aumento de las deserciones en los ejércitos coloniales habían alertado y preocupado al alto mando inglés el que decidió, en una sesión de emergencia, encomendar a Grossart la responsabilidad de intentar revertir tan desgraciada tendencia. Y Grossart pensó que el amedrentar a los potenciales desertores, sancionando con castigo ejemplar al que ya tenía entre manos, podía ser el principio de la solución.

Lo sacó de Nottingham, reabrió su juicio alegando que sólo se lo había condenado por deserción simple, en circunstancias que había sido responsable directo del descenso de la moral de las tropas inglesas y del índice de credibilidad universal del Imperio y consiguió que una corte militar ad-hoc lo sentenciara a diez años de trabajos forzados en las minas de carbón de Cardiff.

El caso Heather Ashton apareció en el orden del día del ejército inglés durante seis meses seguidos y aunque hoy se sabe, no disminuyó el porcentaje de deserciones, si contribuyó a una sensible baja en la conscripción militar voluntaria.

Hay incluso historiadores como Sir Barrie Condon y el experto japonés sobre la Segunda Guerra Mundial Janoshiro Sasami que aseguran que ello influyó negativamente hasta en los

esfuerzos de Churchill para engrosar de combatientes los ejércitos del Commonwealth que combatieron contra Hitler.(1)

Esta vez Ashton se defendió prescindiendo de los abogados del reino. Insistió en su buena conducta en el ejército y en la prisión de Nottingham y reiteró que en esa región del Punjab la naturaleza es caprichosa, capaz de hacer anidar a las golondrinas en invierno y estimular el celo de las cigarras en verano. Hoy estamos convencidos que si Ashton hubiera revelado realmente lo que sabía nadie lo hubiera salvado de la prisión perpétua. El pretender burlarse de los jueces militares con la mentira contumaz, tiene una pena mayor que el mayor de los crímenes.

Heather Ashton cumplió siete años de trabajos forzados y a pesar de que se le contaminaron gravemente los pulmones, lo que le costó finalmente la vida, logró acumular una considerable cantidad de dinero por su eficiencia para extraer carbón.

Ashton pasó los últimos años de su ^{existencia} / en una pequeña casa de campo que compró en las vecindades de la ciudad de Keighley y lo último que sabemos de él proviene de Andrés Pierry, el médico que certificó su enfermedad en Cardiff y determinó su invalidez y de Donald Hadley el profesor de meteorología. (2). Los testimonios de ambos nos permiten deducir el avanzado conocimiento que Ashton tenía del clima del planeta y el origen de ese conocimiento.

Hadley que recuerda con exactitud el contenido que le enviara Ashton y Pierry que guarda con celo su afecto por el viejo presidiario son coincidentes:

En el Punjab, cerca de la histórica fortaleza de Jullundur existe un valle, aún mal explorado, que es citado ya desde los tiempos de la civilización de Harappa y se supone que también en los extraviados Nueve Libros Herméticos escritos bajo la dinastía Maurya, fundada por Chandragupta. Señala la leyenda que en ese sitio un dios llamado Gujathiawar, al verse derrotado en su lucha por la hegemonía de los cielos, dejó olvidada a su hija Sigiriya. Sigiriya creció sola y abandonada, pero fue protegida por la naturaleza del valle, que se hizo feraz y amable en homenaje a ella. Cuando después, su padre otra vez victorioso volvió por su hija, quiso que ese lugar conservara siempre su primavera, y que quienes después vivieran en él, lo gozaran como lo había hecho Sigiriya.

La realidad es, sin duda, otra. En la verdadera bitácora de su extravío y que Ashton enviara a Hadley y en las narraciones que le hace a Pierry, relata que ese infausto día de 1903, cuando dirigía el pelotón de reconocimiento y habiéndose adelantado doscientos metros, percibió un cambio total. Que el viento frío se había transformado en una brisa seca, que el lamento ceñudo de las panteras había sido acallado por el parladero feliz de los papagayos y que la jungla hostil, de repente, se había vuelto un jardín benévolo y gentil. Que caminó hasta un claro donde había una laguna de aguas limpias y burbujeantes y donde lo recibieron hombres y mujeres sonrientes, levemente vestidos. Que habían examinado con sorpresa su vasto uniforme de soldado y que lo habían invitado a descansar bajo una palma perfumada a beber un licor amarillo y ligero. Era un lugar donde no habría esperado encontrar otra cosa que una bruma helada y traicionera y una selva oscura y mortal.

Estuvo dos días en ese paraíso, recibiendo atenciones sin que nadie le hiciera una pregunta. Conoció las ^{casas} de mármol tibio, los templos y sus sikharas y las hermosas Mithunas y también los ricos mercados de la ciudad que habitaban esos hombres. Al tercer día fue despertado con cierta premura por el joven que le asignaron como criado.

Todavía llevaba su guerrera cuando salió a la plaza. Pero no fue tanto eso como la ruidosa parafernalia de su ejército colonial lo que lo hizo recordar el mundo del que había huído.

Miró con pena el lugar y sus habitantes, prometiéndose interceder, sino luchar, para proteger sus vidas y sus bienes.

No fue necesario. Cuando el estruendo de su máquina de guerra estaba intolerablemente cerca, vio como el más anciano de esos hombres levantaba los brazos hacia el cielo.

En los escritos de los cronistas del ejército inglés abundan los datos sobre los inesperados, intempestivos y efímeros cambios del clima en las colonias. Cambios que confundían a los guías, desmembraban las columnas y diezaban a la tropa en una retirada desordenada e indigna.

Ashton fue testigo del término brutal de una primavera inalcanzable para la imaginación de un soldado inglés y

el advenimiento inmediato de un invierno polar, insoportable hasta para las tropas más escogidas.

Nadie se movió durante los minutos más largos de la vida de Ashton y cuando un buen rato después ya no se escuchó más el desesperado chapotear de las botas inglesas en el piélagó súbito al que habían caído ni el aturcido arrebató del corneta que llamaba a una incomprensible retirada, el anciano volvió a llevar sus manos al firmamento.

Entonces Heather Ashton volvió a sentir en su piel la templanza del trópico y a escuchar la llamada permanente de las fieras atenuadas.

Permaneció el inglés otras horas entre esos hombres y aunque no pudo conocer la forma de dominar el tiempo como ellos lo hacían, si supo como ellos, en los orígenes, lo habían aprendido a hacer.

Heather Asthon volcó en el papel de su prisión la experiencia recogida en aquellas marginales tierras de la India.

Donald Hadley, por su parte, atestiguó haber recibido los papeles enviados por Ashton en 1905, haberlos encuadernado y depositado en un estante de su biblioteca la cual donó, poco después a la casa municipal de Manchester. Dice que revisó esa biblioteca cuando se informó del nuevo juicio que se le quería seguir a Ashton, pero que le fue imposible encontrarlo. Su testimonio verbal, sin embargo, fue acogido por unanimidad por el jurado en Herrogate.

"Esos hombres -recordó Hadley citando a Ashton- conocieron como dominar el clima desde las experiencias de sus primeros antepasados, quizás de quienes sucedieron en el valle a la princesa Sigiriya, cuando recién se descolgaban de la foresta y se refugiaban en las cavernas. Los antiguos advirtieron que golpeando los árboles para que cayeran sus hojas aproximaban el término del otoño, que derritiendo la nieve de las cumbres que cercaban el valle, aceleraban al invierno, que protegiendo las abejas en panales de cera y cedro prolongaban la primavera y que cosechando sólo una parte de la fruta y de la miés, mitigaban al verano. Descubrieron que el despertar a los osos invernales utilizaba los helados vientos de los glaciales y que el arrancar la raíz de la hierba que se seca en verano menguaba el calor inmóvil del mediodía. Supieron que a un verano tibio seguía un invierno fresco si ya no sólo golpeaban los árboles,

sino que arrancaban sus hojas antes que cayeran y que la primavera era más larga si embriagaban a los insectos con miel y retrasaban la maduración de la cebada, del maíz y del arroz".

"Aunque el territorio de los Vakhs, como los llamó Heather Ashton, comprendía sólo una pequeña hondanada al que se accedía por un cañón enmarañado de jungla, todo ello significaba un esfuerzo enorme que comprometía a toda la comunidad. No era uno sólo el árbol que tenía que ser deshojado, eran todos los árboles, no era sólo una cumbre nevada, no era sólo una la fiera a la que había que despertar".

"La naturaleza enloqueció en favor de esos hombres y después de una historia contada en siglos, los solticios y equinoccios, las lluvias y sequías, los tiempos para sembrar, para labrar y para cosechar ya no dependieron más de los movimientos de la tierra alrededor del sol o de la distancia en la que permanecía la luna. Dependió de la voluntad de esos hombres".

"Bastaba que con el acuerdo de todos el patriarca tocara un abedul del valle, en pleno verano, para que las hojas se marchitaran y cayeran. O que apoyara una sola mano desnuda sobre la tierra fría para que todos los animales salieran de un breve letargo invernal. O bien que humedeciera con su aliento el aire perfumado por las flores para que se desatara sobre la tierra la tormenta más feroz y dañina".(3).

Heather Ashton fue encontrado culpable de haber influido en forma determinante en la muerte de Sir Keneth Grossart. En este sentido la votación de los jurados fue mayoritaria. No hubo a quien no le pareciera absurdo lo declarado por Hadley, pero tampoco comprendieron la desaparición del acusado.

Todos, no obstante, estaban ya bastante impresionados con el inesperado suicidio de Grossart, que se había ganado por lo menos el respeto de la localidad. / ^{Sólamente} un hacendado reconoció después que ese clima enloquecido, sobre sus propias tierras, quizás lo hubiera hecho tomar la misma drástica determinación del general.

Porque sobre los hermosos doscientos acres que había comprado en Herrogate, Grossart vió morir a sus sementales de frío en pleno verano, calcinarse sus frutales en medio del otoño, agotarse sus colmenas en una primavera excepcional y evaporarse el agua de sus lagunas llenas de salmones en el más largo y cálido invierno del que se tiene memoria en Inglaterra y en toda la región que circunda la pequeña localidad de Keighley.

NOTAS:

- (1) "History of the second World war", SirBarrie Condon. Finnegast Press, London Publishers, 1950 y "El Japón y el Eje", Janos-hiro Sasami, Japan National LibraryEd.1953.
- (2) Comunicación personal A. Pierry.
- (3) Testimonios de Donald Hadley en juicio seguido en ausencia de Heatgher Ashton.Corte de Herrogate 1911.

EN UNA CIUDAD AMURALLADA

Dentro de una ciudad amurallada,
dentro del mundo mismo,
amuralla el hombre su alma
¿por qué siempre se amuralla?

S.XI D.C.

I. La Muralla en Espiral

Siempre se ha afirmado y los arqueólogos e historiadores en todos los tiempos lo han aceptado, que el hombre, desde que se puso de pie, busca amurallarse. Protegerse de este modo de los depredadores feroces de la prehistoria y de sus semejantes en la especie. Se conocen, así, famosas murallas y ciudades amuralladas, hermosos castillos rodeados de fosos y cuevas de épocas anteriores a la Biblia cercadas por muros de barro y de piedras. Gran parte de la historia ha transcurrido y en consecuencia se ha escrito en torno o en el interior de estas obras del ingenio constructor del hombre. Algunas grandiosas que perduran, otras miserables de las que ni siquiera ha quedado el polvo.

Distinta sería la historia del género humano sin cercadores ni cercados, sin murallas, sin fuertes y sin ciudades almenadas. Otra sería la percepción del transcurrir del tiempo y de la inserción del hombre en este transcurrir si no hubiese existido el zigurat de Chogha Zambli, los muros de Tirinto quizás contruídos por los cíclopes, los arcos de medio punto de las fortificaciones etruscas, el vallado pétreo construído por Adriano en Britania. Y también Troya, Bizancio, París y Leningrado. El desarrollo de las armas y la tecnología de guerra tampoco habría sido la misma. Jamás se hubiera inventado la catapulta, ni los arietes ni el baño de aceite hirviendo y menos las torres de asalto y entonces ni siquiera el ajedrez. ¿A qué armador se le hubiera ocurrido llenar de cañones a los antiguos bajeles si

sólo hubiesen existido los vulnerables puertos cretenses? ¿Qué sentido habría tenido, en último término, para el hombre antiguo buscar con una jara en la mano el fuego robado, si el enemigo no estaba protegido detrás de un cúmulo de piedras?

Así tiene que haberlo entendido Ammnob, el rey sumerio de la primera dinastía que adoró al dios Namur (llamado impropiamente Abdón, por el catedrático Isaac Elberg) cuando dijo: "Sólo una y única muralla o ninguna hará hermanos a los hermanos". Es una traducción que ha merecido varias interpretaciones e incluso se han aventurado otras traducciones que difieren significativamente de la de Elberg.

Isaac Elberg, es difícil de discutir, no es cuestionado como el más erudito sumeriólogo del siglo, pero las conclusiones que extrajo del fragmento de Ammnob son, desde luego, controvertidas.

Después de publicar su monografía "En torno a un fragmento del rey sumerio Abdón el Antiguo",⁽¹⁾ Elberg fue objeto de numerosas críticas. Unas por su audacia, otras por su falta de rigurosidad. Casi nadie le cuestionó la traducción propiamente tal, pero la mayoría de sus detractores lo que de ella dedujo.

Elberg no permitió las críticas. Para ellas tenía preparado otro trabajo, que fue conocido en un número de los "Archivos de Arqueología".⁽²⁾ En este, zanjó la polémica desatada por los especialistas con argumentos categóricos, pero la llevó a otros ámbitos que nunca imaginó y donde no tenía influencia alguna. (Esos ámbitos eran ajenos a la ciencia).

Señaló Elberg en la primera publicación a la que se alude, que el fragmento de Ammnob (grabado en un disco de greda y en una enigmática escritura transitiva, aquella desarrollada entre la pictografía precoz y la cuneiforme más desarrollada) revela el primer intento serio de proponer un sistema que asegure la paz universal.

Había descubierto Ammnob, según Elberg, que los pueblos guerreros que reproducían generación tras generación su agresividad en mayor grado, eran los que paulatinamente y con mayor perfección iban protegiendo sus tierras y sus ciudades con más altos y más fuertes muros. Que las tribus de pastores o aquellas que se dedicaban a la labranza, si bien sufrían la depredación y el intento de exterminio, sobrevivían y evolucionaban por un tiempo pero sus intentos por desarrollar la política en base a proyectos estratégicos en los que predominaban la paz, la conferencia, el diálogo y el intercambio, se estrellaban finalmente contra el creciente avance de la máquina de guerra de los hombres amurallados.

Fue el primer hombre con poder real -dijo Elberg- que buscó la mejor forma de imponer la paz. Sin embargo, reconoce el erudito, Ammnob equivocó sus dos caminos. Porque nada, ni aún la paz puede imponerse.

En la primera etapa de su reinado, cuando era apenas un adolescente, Ammnob hizo derribar las fortificaciones de ladrillo de las ciudades de sus dominios y ordenó hacer lo propio con los muros de aquellas que su padre y su abuelo habían conquistado.

Isaac Elberg es categórico en afirmar que a este período del reinado de Abdón-Ammnob y no a la escasa vestimenta usada por los sumerios en esas regiones calientes y secas, se refiere aquél fragmento atribuído a la época y que dice:

"... desnudó ... sus ciudades ... Ammnob ... antes ... desprotegidas del hombre ... naturaleza ... apaciguamiento ... breve ..." (3)

Ammnob protegió sus dominios y sus ciudades vulnerables con arqueros y en las regiones fronterizas con los bárbaros con elefantes acorazados con escudos de bronce y prohibió que se

levantara ninguna protección alrededor de los territorios conquistados.

Dos efectos inmediatos provocaban las medidas del rey adolescente. La primera, la resistencia de los habitantes de las ciudades que sometía. Ellos temían, con razón, que los batallones de guerreros sumerios que Amnub destacaba para su protección, no fueran tan eficaces como los muros que recién habían sido derribados. La segunda, la renuncia de sus propios hombres a levantar ciudadelas sólo defendidas de las fieras y de otros enemigos por una fila de arqueros. Apenas contó con la debida obediencia donde habían tantos elefantes como para rodear el puerto o la villa fundada como una muralla viva e invulnerable.

Según Elberg, la política de pacificación de Amnub tuvo resultados incompletos y temporales. Pronto percibió que el desmurallamiento de su imperio requería de un ejército incontable, de un proceso perpetuo de educación y vallasaje de los territorios fronterizos y de una expansión interminable de sus dominios y se vió obligado a modificar sus criterios.

Y a ellos se refiere, señala Locke, la primera parte del primer fragmento⁽⁴⁾ "... Sólo una y única (sola) muralla ..." y sin duda, continúa, ello revela la concepción esférica que Amnub tenía de la tierra. Más aún, nos dice, convencido Amnub que su estrategia no sólo no contribuía a la paz, sino que estimulaba la guerra, y utilizando un argumento paradójico

resolvió construir una sola e infranqueable muralla que dividiera por mitades y para siempre al planeta y a depredadores y depredados.

Elberg concuerda parcialmente con Locke en lo que se refiere a la concepción del rey sumerio de la configuración terrestre, acepta también que Amnub reemplazó su estrategia original por una contraria, pero modifica y perfecciona la afirmación de Locke

en cuanto a la forma de la muralla diseñada por aquél. Es más, asegura Elberg, hasta la geometría y el cálculo espacial más avanzado tienen dificultades para dar cuenta, en base a la disposición y forma de la muralla imaginada por Ammnob, cuál era la idea-imágen-figura-dimensión que éste tenía de la tierra y del universo.

Ya que la muralla que Ammnob pensó para lograr sus objetivos y en cuya construcción avanzó, no podía concebirse para una concepción del espacio y de los cuerpos celestes coincidente con los movimientos que se tenían entonces. Y quizás ni siquiera hoy. (5)

Cuando Isaac Elberg hizo públicos sus trabajos y anunció que la muralla de Ammnob, que tuvo pretensiones universales, había sido descubierta en las excavaciones de Lord Barrington en 1934, aparecieron sus abundantes detractores. Elberg dió la prueba final en favor de sus descubrimientos al responderle a Marcelo Alisio, el mesopotamista valenciano. Este erudito, aunque estuvo de acuerdo con muchas afirmaciones de sus colegas, aseveró que las ruinas develadas por Lord Barrington correspondían al conocido cinturón amurallado de dieciocho kilómetros construídos por Asurbanipal, diez siglos después de la muerte de Ammnob. Y que los grabados en los cuales se reproduce confusamente una figura de la que Elberg dice ser el muro de Ammnob, no son otra cosa que restos muy deteriorados del fresco que enlucía una de las nueve puertas de ese cinturón, la puerta de Ishtar.

Elberg hizo una sola cosa. Envió a Alisio y a la Sociedad Europea de Arqueología un ladrillo del muro excavado y prendido a él una tarjeta de identificación del laboratorio de muestras arqueológicas de la Universidad de Londres. En dicha tarjeta se certificaba que la pieza estaba constituída casi enteramente por una mezcla de basalto y granito, materiales inexistentes

en Babilonia. Además los residuos de mezcla adherente de sus caras mayores estaban impregnados de moléculas de hidrocarburos, y su antigüedad era compatible con la época en la cual se sugería había vivido Ammnob. No fue necesario a Elberg añadir como evidencia que ni en los zigurats, ni en los templos ni en ninguna otra ruina de ninguna otra cultura mesopotámica se habían encontrado restos de basalto, granito o derivado del petróleo que a veces aflora espontáneamente en el desierto.

Una interrogante, sin embargo, quedó vigente. Y la propuso, también, Alisio. Cómo entonces, preguntó, Ammnob pudo construir una muralla con un mineral que no disponía.

Elberg reveló la existencia de otra tablilla que, aunque no explicaba el hecho, sí daba cuenta de él. En ella se lee:

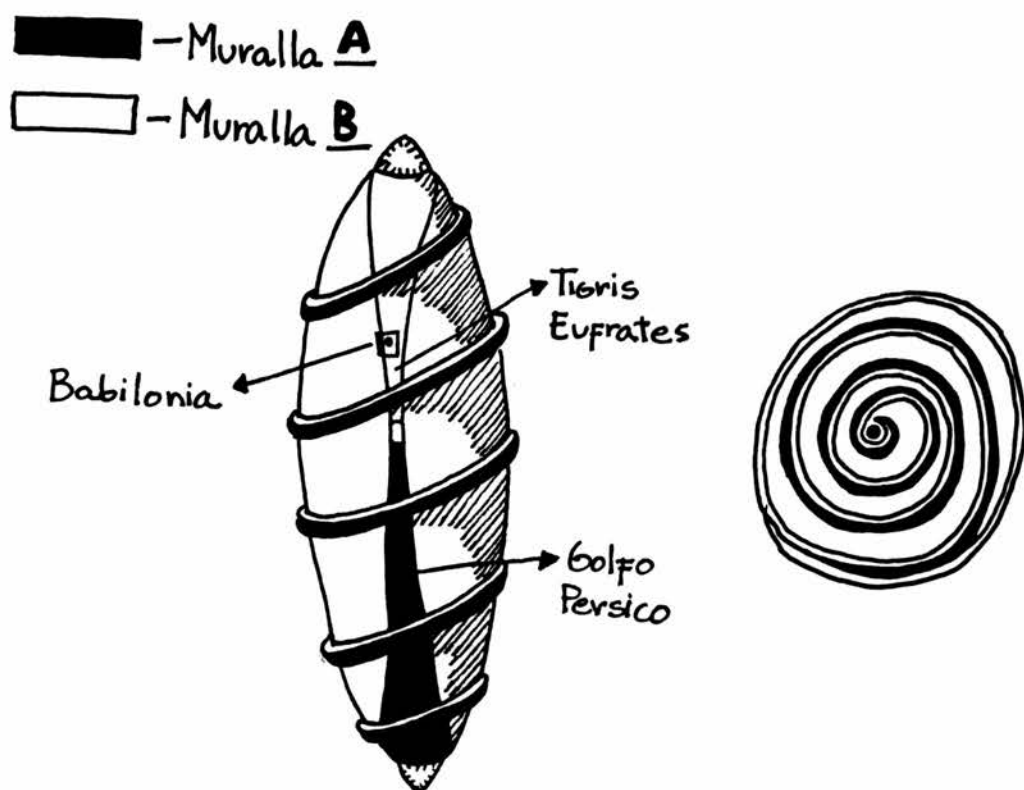
"... la negra piedra ... de las ardientes simas ... Am ... levantará ... ayuda ... única ..."

La greda en la que se había escrito correspondía a la época de Ammnob y la clave que sirvió para descifrar la escritura transicional también correspondía al período. Esa fue la razón para que Alisio diera por terminada la polémica en una conferencia pública, dada al recibir el premio anual de la Sociedad Real Española de Ciencias Antiguas, diciendo que "... en ningún caso Ammnob consiguió su mesiánico objetivo con la construcción de la muralla que se le atribuye, razón por la cual resto importancia al descubrimiento ..."⁽⁶⁾

Elberg, en cambio, siguió adelante y llegó a afirmar poco después de la última intervención de Alisio que si bien las intenciones y la obra arquitectónica de Ammnob no le sobrevivieron, sí reinó la paz durante gran parte de su reinado y ello gracias a la Unica Muralla que construyó.

Señala Elberg que la idea central de Ammnob, basada en sus estudios y en los estudios de sus sabios sobre la naturaleza

y el universo, lo llevó a ^{/esa} construir muralla de tal modo que por disposición y altura separara para siempre a invasores de invadidos, y agresores de agredidos. Y la observación de las nebulosas en el dombo celeste y por contraste el estudio de los caracoles en el limo, organismos similares en su grandeza y en su pequeñez, en su individualidad, autonomía e inmutabilidad, lo hizo llegar al convencimiento que la doble helicoidalidad era la forma perfecta de la creación. Y así como nunca se sabe cuál es el caracol macho y cual la hembra, o como se desconoce en qué sentido giran las grandes constelaciones estelares, dedujo que el separar a los hombres por medio de un muro helicoidal, los cercados y cercadores ya jamás se volverían a encontrar, la provocación y la guerra perderían su sentido y los hombres así divididos, buscándose como se buscaran jamás se descubrirían, lo que traería la paz y la concordia entre los pueblos.



En un acto público en la Feria Científica de München, Elberg mostró tres fragmentos de arcilla que correspondían a una parte de un cuerpo formado por dos conos unidos por su base y en cuyos vértices se había encontrado el polvo brillante donde habrían estado engarzadas dos esmeraldas. Sobre este doble cono se podía ver grabada la geografía mesopotámica, quizás el Tigris y el Eufrates y sus grandes canales, pero por sobre todo ello sobresalía la muralla helicoidal gemela de Amnub.

Una inscripción incompleta en la base de este modelo llevaba incuestionablemente el nombre de Amnub.

Elberg reconoció que eran justas las reservas de quienes aseguraban que Amnub nunca quiso levantar una muralla de verdad, sino que su intención era redactar un constructo moral que contuviera un conjunto de normas, y deberes para el hombre y el castigo a su vulneración o no cumplimiento, cuya representación para el mundo profano fuese un doble muro helicoidal en el que la autoridad y justicia representada por él, por Amnub, en este mundo, fuera precisamente esa muralla.

Elberg estaba convencido que su tesis como la de estos últimos no eran incompatibles. Pero como no podía permitir que se asimilara la creación de Amnub a una especie de código de Hammirabi menor, pidió en ese foro público que se reuniera un fondo internacional para continuar con los trabajos arqueológicos de Lord Barrington. Agregó además su convencimiento que de ese



modo y con los datos que poseía, podría indicar, por lo menos, el lugar donde podría encontrarse uno de los extremos de ese helicoide de basalto y granito que tenía que corresponder a uno de los vértices del modelo de arcilla. Así también añadió se comprendería mejor el conocimiento que se tenía sobre el desarrollo y la inteligencia de los pueblos antiguos.

Todos los cuerpos celestes existentes, dijo Elberg, según la filosofía sumeria, tenían la forma de dos conos unidos por la base. Las grandes galaxias espirales mostraban al ojo humano uno solo de sus polos; las estrellas y otros astros el brillo de sus antípodas y el desarrollo de los seres vivos y el ciclo nacimiento-vejez-muerte también podrían ser representados por un doble cono.

Elberg suponía que la lógica de Amnub haría recaer cualquier extremo de ese doble muro, necesariamente, en el lugar donde se expresaba el mayor y más hegemónico poder sobre la tierra y que en su tiempo el valle entre el Tigris y el Eufrates era uno de ellos. Y que en consecuencia allí había que empezar a buscar uno de los vértices y la gran esmeralda que lo coronaba.

Elberg consiguió apoyo económico en un excéntrico millonario y coleccionista tejano. En conocimiento de las investigaciones llevadas por aquél, sólo le puso una condición: que la piedra más cenital de la construcción ordenada por Amnub le fuera entregada. Quería instalarla sobre el techo de su rancho para transformarlo en el punto de partida de todas las fuerzas de la tierra.

Elberg y un equipo de especialistas excavaron dieciocho meses en las tierras gredosas de Mesopotamia. Alcanzó profundidades calcáreas donde habían grabadas leyendas del tiempo del Deuteronomio y descubrió fósiles de seres que nunca habían vivido, pero sólo pudo desenterrar tramos uniformes pero incompletos

de la construcción sumeria. Abandonó la tarea al reparar en el hecho que los restos del complejo diseñado por Amnub seguían una dirección que no comprendía y que el helicoide doble de granito y basalto que venía rastreando, más tendía a sumergirse en las entrañas del planeta que a rodearlo como parecía mostrar el modelo de greda. Al cabo de ese tiempo, extenuado por un aneurisma de la aorta, desilusionado por la caprichosa dirección del muro de Amnub y acosado por el pragmatismo de su mecenas tejano, Elberg ordenó el pago de sus hombres, clasificó y etiquetó los hallazgos y tomó el avión a Londres. Dejó así a merced de la arena permanente del desierto babilónico los desechos de Amnub que había rescatado de las profundidades de la memoria.

Pocos meses después los redactores de National Geographic quisieron llenar las páginas de la revista con un reportaje en torno a los trabajos de Elberg. No pudieron hacerlo: La noche que Elberg había prometido recibirlos fue hallado muerto en el gabinete de trabajo de la casa donde vivía.

Lívido, exánque su rostro por la rotura del aneurisma que al fin le había tragado la sangre, la cabeza de Elberg reposaba sobre las páginas de noticias del Times. Sus ojos abiertos miraban todavía la escueta noticia que daba cuenta del descubrimiento de una gran piedra verde una esmeralda del tamaño de un puño, extraviada quizás por un invasor burgundio, en las profundas galerías que se realizaban para ampliar los subterráneos de la Cancillería del Tercer Reich. El cable estaba fechado en Berlín el 15 de septiembre de 1936 e Isaac Elberg tampoco llegó a saber donde, poco después, se encontró la otra piedra, brillante, escarchada aún por el polvo de todos esos miles de años babilónicos.

- (1) En Torno a un Fragmento de Abdón el Antiguo" (Ammnob, rey sumerio, 1a. dinastía Namur) en History. Vol. II, págs. 651-662, 1935.
- (2) "Estructuras arquitectónicas reconocibles de las primeras dinastías sumerias. Hallazgos arqueológicos simultáneos y compatibles". Archives of Archeology. Vol. VIII, págs. 1015-1041; 1935.
- (3) "Fragmentos sumerios". History, 1936.
- (4) "Otra interpretación de antiguos fragmentos babilónicos", G. Locke, en Sumeriology 1936.
- (5) "Coincidencias y diferencias con Locke". I. Elberg. En European Science, 1936.
- (6) Marcelo Alisio. Conferencia en el Ateneo de Madrid (1936).

II "La Muralla en el Espejo"

"Envuelto en las insuficientes pieles con olor a carroña, oyendo como el cierzo helado y murmurante traspasaba las vallas de madera y las pircas de piedra con los que había construido su castillo, Varckgaard-Al, rey de un reino de Nortumbria, meditaba sobre las derrotas, que casi a costa de su vida y la de los suyos, había sufrido en los tres últimos inviernos ..."

"... todas las noches de frío, malhumorado por los llantos y gritos de sus innumerables hijos y de los hijos de sus soldados, sirvientes, bufones y palafreneros, trataba de aislarse en el único torreón del castillo ..."

"... pocas veces lo lograba. Los infantes, todos juntos, recién nacidos, lactantes, hijos del rey o de sus criados, amontonados para juntar calor en una estancia aladaña a los establos, provocaban un vociferio descomunal, por el hambre y por el hielo, que le hacían imposible el descanso ..."

"... los territorios de su reino, tan al norte en la gran isla, siempre helados y brumosos, aún después que la nieve se derretía y también cuando florecían los escasos brezos y las juncias, era pobre, muy pobre ..."

"... los invasores, contra los que buscaba enfrentarse en sus fronteras, casi siempre lo derrotaban. Pero bastaba al rey Varckgaard-Al iniciar la retirada hacia sus inhóspitas tundras, para que ningún guerrero enemigo lo siguiera ..."

"... sin embargo el rey Varckgaard-Al amaba a su tierra y deseaba un imperio para sus hijos ..."

"... pero no podía montar a su mal abrigada tropa en los jamelgos desnutridos de sus establos, ni calentar la forja lo suficiente para templar aceros, ni menos reforzar la moral de sus hombres con una soldada que les permitiera ahorrar para su segura vejez de mutilados ..."

"... por eso el rey Varckgaard-Al era un rey desgraciado ..."

"... hasta que una noche en la que reinaba un silencio prehistórico, en la que Varckgaard, arrebuñado en la única piel de oso del reino reflexionaba en el patio-salón del castillo, entre reyes y brujos de nieve levantados en la víspera por sus hijos y los hijos de sus siervos, entre puercos que hozaban en las escasas inmundicias, restos de las últimas comidas, un anciano golpeó la puerta del castillo ..."

Así se inicia la epopeya de Varckgaard -Al, relatada y escrita en gálico arcaico por una pluma anónima y que conocemos gracias a la erudición y paciencia del profesor Eneas Tennham, de la Academia de Ciencias de la Universidad de Pérgamo.

"... el anciano dijo tener un nombre mencionado tres veces en el Levítico, ser juglar y llevar un hambre que lo perseguía desde hacía casi una semana ..."

"... Varckgaar-Al, que había corrido el alamud de la puerta con su propia mano, con su propia mano le mostró los desperdicios que se disputaban los cerdos y un perro rabón ..."

"... -eso es todo lo que puedo ofrecerte- casi le mintió -porque hasta las duernas están vacías, pero si esperas hasta mañana, enviaría a mis cazadores en busca de un hurón del que te daré las vísceras ..."

Reconoce Tennham a estas alturas del manuscrito, haber encontrado dificultades para traducir con fidelidad los diálogos. Si se percibe alguna imprecisión o quizás alguna contradicción,

debe atribuírsele a él mismo y al tiempo, que deterioró el manuscrito, más que a quien lo escribió.

"... -¿tendrás bodegas, y en ella dos puñados de harina para aquietar mi cansancio?- preguntó el juglar que iba perseguido por siete días de hambre."

"... -mi bodega está llena de nieve y de ratas hambrientas- insistió el rey."

"... -tres veces está escrito mi nombre en el Libro y sólo tres veces me está permitido pedir limosna, o recompensa por mi trabajo- dijo el anciano."

Acota Eneas Tennham en esta parte, que a continuación de esta última insistencia del hombre del nombre en el Levítico, hay siete o tal vez ocho líneas indescifrables. Apenas palabras o restos de palabras que hacen que reconstruir el texto no sea la labor de un exégeta, sino más bien la de un escritor de ficciones. Por lo que resuelve no intentarlo, advirtiéndole que en esas líneas deben estar, sin duda, las causas que hicieron a Varkgaard-Al cambiar su conducta y ser cautelosamente generoso con el visitante.

"... gaard-Al le presentó un pequeño cuenco lleno apenas con una parte de garbanzos, cubiertos por una pequeña pelusa verde y un vaso de plata con un poco de buen vino de Inver-berviell. El anciano aceptó lo que el rey le ofrecía y bajó con él el terraplén de barro que llevaba del sótano al patio-salón. Se sentó junto a Varkgaard-Al que se había vuelto a arropar con la piel de oso que aún olía al cadáver al que había pertenecido y depositó la comida y el vino sobre la mesa de abedul en la cenaba el rey. Hurgó largamente entre sus ropas y sacó una especie de camafeo del porte de una nuez y con una rara inscripción en su cubierta ..."

Señala el profesor Tennham que afortunadamente el papel ence-

rado en el que estaba relatada la historia del rey Varkgaard-Al se mantenía en buen estado en lo que sigue. Y eso es de capital importancia puesto que es el episodio que da sentido a esta breve Epopeya inglesa.

"... el anciano juglar abrió el objeto. En una de sus tapas interiores se reproducía la inscripción del exterior y en la otra había un espejo, que al mirarlo el rey le pareció de plomo opaco e inservible. Pero el visitante musitó un par de palabras en voz baja y puso el camafeo frente al pocillo de garbanzos y la copa de vino ..."

"... y vió el rey de Nortumbria, Varkgaard-Al, como el espejo cobraba un inusitado brillo de estrella, cómo se reflejaban en él el tazón y la copa, y cómo al instante ya no un cuenco sino dos y no una copa de vino, sino dos y luego tres y tres y luego cuatro y cuatro, interrumpiéndose el proceso de reproducción solamente cuando el anciano cerró bruscamente el espejo ... "

"... Varkgaard-Al observó comer al viejecillo hasta saciarse y su ánimo se debatía entre las opciones que siempre colman de angustia a los espíritus ambiciosos. Una de ellas era arrebatarle ese artificio de maravillas, el otro ofrecerle un pago por él. Sabía que lo primero sería fácil pero lo llenaría de culpas y que lo segundo, por su pobreza, seguramente rechazado por el viejo ..."

Insiste el profesor Tennham en una advertencia al llegar a este punto del manuscrito. Afirma que la mayor parte de este folio se lee con claridad. Sin embargo hay algunas palabras, que le parecen claves y cuyo desvanecimiento por obra de los siglos lo empujaron a ser audaz, por una vez, y ponerse en el lugar del anónimo escritor.

"... porque aunque ambicioso y a veces cruel, no carecía

de escrúpulos el rey Varkgaard-Al y resolvió, al ver que el hombre terminaba los garbanzos, ofrecerle por el espejo, cien cabidas de unos médanos podridos más allá de los únicos desfallecientes bosques de su reino. Porque también creía que el hombre preferiría a su vida vagabunda y menesterosa un sitio donde envejecer o morir, aún cuando ese sitio estuviera en un mundo helado y mineral ..."

"... pero el anciano no lo dejó tener la oportunidad de ser mezquino otra vez ..."

"... -has abierto tu castillo a mi fatiga y tu bodega a mis necesidades. Soy un hombre pronto a morir y quiero hacerlo agradecido con un semejante. Así me recibirán pronto donde nadie llega vivo- y dicho esto y con la punta de los dedos acercó al rey el espejo."

"... -el que sólo podrás usar- le advirtió -para proveer a los tuyos y a ti mismo de lo que consideres necesario para el sustento, el agrado y la protección ..."

Y sin que Varkgaard-Al intentara detenerlo se puso de pie, arregló sus ropas, empujó la puerta y se confundió con la ventisca que asolaba el castillo ..."

"... Varkgaard-Al se dió cuenta que el espejo tendría un uso desprovisto de sentido en su propio reino. Reproducir hasta el infinito garbanzos azumagados, cerdos hambrientos y jacas incabalgables eran propósitos indignos para tal ingenio y no siendo capaz de esperar despertó a su familia, a los incontables infantes de su reino que dormían amontonados y a los treinta y cinco soldados de su tropa y les anunció que salía a una tarea de exploración ..."

"... unos se alegraron, diciéndose para sí que no era reprobable que el rey, desafiando ese invierno antártico, se arriesgara en busca del sustento de sus súbditos. Otros temieron que

el helado polvo de nieve que parecía caer desde el firmamento los dejara sin rey y sin reino, a merced de las peores jaurías de lobos que depredaban el yermo ..."

"... nadie se opuso, ni siquiera la reina, que comprendió que esta vez Varkgaard-Al, a quien amaba, no los defraudaría ..."

En esta parte de la narración y por primera y única vez, Tennham nos hace un comentario. En su opinión, - leemos - desde un comienzo Varkgaard-Al procedió con sabiduría y cumplió hasta el final con el precepto que le señalara el juglar cuyo nombre levítico jamás conoció.

"... el rey llegó hasta sus fronteras después de atravesar en dos noches y tres días todo su reino. Siete de sus soldados dejaron sus vidas congeladas en sus tabardos y los veintiocho restantes más el rey y su primogénito de doce años la alcanzaron a pie. Las nueve cabalgaduras no resistieron la travesía ..."

"... un sol desconocido en los turbios cielos de su reino los recibió más allá del río Dee ..."

"... entonces esos hombres conocieron lo que el confinamiento al que estaban sometidos nunca se los hubiera permitido. Por primera vez, quizás, vieron y palparon frutas de pulpa dulce y otras harinosas, aves de alas breves que les impedían volar, campos de cebada y trigo cuyos límites no alcanzaban con sus ojos, grandes animales de carnes prietas y salobres, peces plateados que olían a salvia y a hierbabuena. También descubrieron que los hombres llevaban espadas de metal brillante y que en sus herrerías fabricaban armas que resistían el fuego y cortaban la piedra. Sintieron por primera vez el calor del sol a través del hierro oxidado de sus armaduras insuficientes y mojaron sus pies en lagos de agua tibia y limosa ..."

"... el rey Varkgaard-Al se desprendió de los ciento doce teruncios que una vez, años atrás, obtuviera como botín en una

severa batalla ganada y compró, a los aldeanos y granjeros de la frontera dos carretas que llenó con la desconocida abundancia de sus límites.

Revela, aquí, Eneas Tennham, que se produjo una controversia en el séquito del rey por su actitud. Hubo quienes le discutieron por despilfarrar la fortuna del reino en animales que desaparecerían tragados por la niebla antes de llegar al castillo, o en granos que criarían larvas y cucarachas antes que tuvieran tiempo de cocinarlos. Otros coincidieron que no tenía sentido cargar espadas cuyo peso apenas les permitía levantarlas del suelo y mucho menos estanques llenos de esa agua viva, sembrada de peces que veinte leguas más al norte se transformarían en bloques de hielo tan fríos como los montes escarchados que tendrían que atravesar. Pero afirma Tennham, también, que el rey impuso su autoridad.

"-... Necios- les dijo - que no reconocéis en vuestro amo a quien los ha salvado hasta hoy de la rapiña de hombres y animales y en quien pronto los llevará a la prosperidad ..."

"... Sus súbditos se sometieron y antes que se pusiera el sol del primer día, después que cruzaron las fronteras del reino, Varkgaard-Al, cargado con los objetos de su trueque se internó en los páramos de su reino ..."

"... desde entonces, todo cambió en Nortumbria ..."

"... Varkgaard-Al se encerró en el precario depósito de armas de su castillo y durante tres días hizo salir por sus puertas un crecido número de cerdos cebados, bueyes robustos, peces palpitantes, sacos de granos y arsenales de armas rutilantes. En abundancia todo lo que fuera necesario para su pueblo ..."

Tennham confirma, en este punto del relato, que hay dos pliegos que faltan y que lamentablemente se refieren al crecimiento y auge del pueblo del rey Varkgaard-Al. Y que, no obstante

la importancia de ellas, la continuidad propiamente tal no se resiente y que el próximo fragmento nos deja con el reino ... transformado en el más luminoso, próspero, poderoso y envidiado de todos los dominios entre Inverness y Aberdeen.

"... de Varkgaard-Al ya vivía acosado por la codicia de los señores vecinos y a pesar de sus numerosos y bien armados ejércitos, sus posesiones se vieron amagadas con el desembarco de cinco mil guerreros daneses, atraídos por sus deslumbrantes riquezas y que no habían sido derrotados aún por el rey de Wessex.

"... apenas un muro exterior de veinte palmos de alto y un foso donde rondaban horribles pero inofensivos monstruos acuáticos eran la única defensa física de su gran castillo. Las habitaciones, salones, comedores, las estancias de los hijos del rey y el ala donde vivían los criados estaban protegidas por rejas de bronce y si bien detrás de los torreones esperaban arqueros armados con ballestas de resina y en cientos de toneles hervía el aceite, toda resistencia contra esos bárbaros parecía ineficaz ..."

"... Varkgaar-Al percibió la derrota de inmediato, cuando al primer ataque de esas hordas organizadas se agotó el aceite de las marmitas y escasearon las flechas de sus hombres. Y no ignoraba que ya no podría utilizar su espejo en reproducirlas, pues aunque era objeto de una agresión, con esas armas sus soldados ya no sólo se defenderían sino también los contaminaría con una definitiva voluntad de ataque y exterminio..."

No se sabe, nos dice Tennham, si la Epopeya de Varkgaard-Al continúa con otras hazañas. Es posible que sí. Las que aquí se entregan llegan ya a su fin. Los próximos son los últimos fragmentos de esta.

"... protegido por un techo de escudos de cuero y de plata, el rey hizo bajar el pesado puente levadizo y bajo una lluvia

de piedras, hachas y dardos arrojados por los daneses desnudos, de los que sólo distinguían sus cascos de metal bruñido encornados con huesos y calaveras de animales y enemigos, se plantó frente a los muros de su castillo, dando la espalda a los que lo atacaban ..."

"... sacó pues el camafeo con el espejo que le obsequiara el viejo del nombre siete veces levítico y lo hizo reflejar las vulnerables defensas de piedra de su reino ..."

"... al instante, los muros de piedra se multiplicaron en círculos concéntricos hasta el infinito, apartando también hasta el infinito al rey de su castillo, de su reino, de sus súbditos los que se perdieron detrás de innúmeros e infranqueables muros almenados hasta hacerse inalcanzables ..."

"... Y quedó Varkgaard-Al junto a los insobornables escuderos de armadura de plata, luchando contra aquellos invasores..."

Tennham asegura que Varkgaard-Al no murió en esta batalla. Lo confirman leyendas cercanas a su tiempo y a su espacio. Duda, eso sí, que haya recuperado a su reino, perdido para siempre en los confines de un reflejo impenetrable y que en algún lugar de la Bretaña, donde él ha investigado la historia de este rey, debe aún encontrarse el espejo que le regalara el hombre cuyo nombre había sido mencionado tres veces en el Levítico, Levítico, Levítico ...

III. La Muralla de Papel

Entre las dieciocho historias recogidas personalmente por Ying K'un desde las ciudades que orillean el Huanghé, y traducidas al castellano y publicadas en un solo volumen por Cristián Halconares en la editorial "Nova Programma", cabe destacar la que el mismo llamó La Muralla de Papel.

"Es una historia clásica -nos dice Halconares- que también encontramos en la tradición occidental e incluso con algunas variables más o menos significativas, en los escritores de fábulas más célebres que conocemos".

Nos dice esta leyenda que un próspero, rico, generoso, devoto y viudo gobernador de la antigua provincia china de Shanxi, sabiendo de boca de un adivino trashumante que sufría de una enfermedad mortal, resolvió casar a Cristal de Jade, su única hija.

El gobernador, que además era comerciante y en su juventud había servido de criado a un sabio curandero que recorría las regiones más septentrionales de la China, creía conocer a los hombres.

No ignoraba que su riqueza y la germinante belleza de Cristal de Jade, que pronto cumpliría catorce años, desataría una irrefrenable lucha de los futuros y numerosos pretendientes y de las familias de esos pretendientes.

Sabía que ello era inevitable y que al final era poco posible que Cristal de Jade cayera en manos del mejor.

Estaba convencido el viejo gobernador, que la expresión de voluntad de su hija en torno a un eventual o seguro destinatario de su amor, podría ser un buen argumento para elegirlo, pero comprendía que aún era muy temprano para ello y que por lo tanto la responsabilidad de buscar un esposo inmejorable, recaía en él.

Entonces, amparado en su inmensa fortuna, en su investidura y sabiendo que el enviado Imperial no volvería a pasar en los próximos dos veranos, diseñó una fórmula que no le permitiría equivocarse en su elección.

Un siete de mayo anunció que declaraba a su hija en condición de contraer matrimonio y siete días después convocó a los pretendientes.

Los reunió en el Salón del Gran Dragón Amarillo, en el ala oriental de su palacio y les dijo que sabía que entre todos ellos, que sumaban más de doscientos, había príncipes y plebeyos, ricos, y pobres, valientes y miserables, avaros y generosos, amables y ruines. También les dijo que no ignoraba que algunos venían de lugares donde no se conocía la luna, que otros habían viajado por senderos donde habitaban brujos malignos y que no pocos habían cruzado lagos salpicados con abismos insondables. Y les advirtió que uno, sólo uno, el más puro obtendría la mano de Cristal de Jade y que tanto éste como los demás debían estar dispuestos a perder la vida para desposarla.

Así, el anciano gobernador golpeó tres veces sus manos, para que se abriera una puerta enlacada a un costado del dosel bajo el que se hallaba sentado.

-Luego conocerán a N'g Lin, al que han de vencer- dijo.

Batió otra vez sus palmas y los pretendientes vieron entrar al salón a un hombre increíble. Iba desnudo, su sexo enjuto envuelto en una malla de tejido de bambú y no medía menos de siete

chis. Sus brazos eran gruesos como las columnas del templo de Xi'An-Sian y sus manos de cuatro dedos -la marca de un Invencible- abarcaban con facilidad la extensión de una hoja de loto imperial.

Su musculatura violenta insinuada bajo su piel lubricada, teñía al guerrero de rojo; parecía cubierto por la arcilla escarlata del río Weihe.

-N'g Lin- dijo el anciano padre de Cristal de Jade -es un guerrero Púrpura, uno de aquellos que protegen a nuestro emperador de las furias de los bárbaros de Xipango.

-Mañana- continuó -nos volveremos a reunir y los que hoy se arrepientan todavía podrán abandonar la pretensión de desposar a Cristal de Jade.

Y dicho esto el gobernador, seguido del guerrero Púrpura, se retiró del salón.

Al día siguiente, después que el sol despuntara por detrás del gran jardín donde Cristal de Jade acariciaba con sus manos los botones rosados de los cerezos, el gobernador regresó al salón.

Sólo cinco hombres habían decidido enfrentar el desafío y a N'g Lin.

-En una semana, les dijo el gobernador, con la materia que ustedes elijan y en el gran Patio de los Desfiles construirán un muro circular de cien chis de diámetro. Dentro de él se encerrarán al octavo día con las armas que prefieran y esperarán así al guerrero Púrpura. Quien de ustedes sea capaz de resistir por un día su asedio o ataque o quien le de muerte, obtendrá a Cristal de Jade.

Los cinco hombres eran Lin Yang, el joven y audaz salteador de caminos, buscado por todo el imperio. Tse Chiang, el poderoso capitán de los ejércitos del Señor de Lué. Xiao Lai, el sabio

y diestro instructor de artes marciales que servía en la provincia Muan, Hua Zu el hombre más rico de las provincias orientales de Kweichow y Jen-Yu, el hermoso poeta de los caminos que llevaban a Chengdu.

Lin Yang en dos días, construyó su muralla circular con ladrillos de barro de sus meandros montañoses y reforzó su cima con las piedras de granito que desprenden los deshielos de las más altas cumbres. Vistió su cuerpo con una cota de piel de mangolán y cubrió sus manos con guantes de clavos de bronce. Con una gran espada de acero y una lanza de bambú emponzoñado, esperó al guerrero escogido.

N'g Lin, se plantó frente a la fortaleza de Lin Yang todavía desnudo y con una daga en su mano izquierda. Antes que el sol llegara al acimut y con su mano derecha, ya había derribado gran parte del barro y de las piedras que defendían a Lin Yang. Cuando lo enfrentó, el asesino de los senderos umbrosos de la montaña no alcanzó a usar sus armas. El guerrero Púrpura lo atrapó con una de sus manos de cuatro dedos, lo levantó en el aire y le reventó el corazón de una sola puñalada.

Al tercer día Tse Chiang terminó su fuerte. Construido con una argamasa de cal, arena y silicio, protegido su alto borde con afilados cuchillos de hierro, lo rodeaba además un pozo lleno con aguas sulfúricas. Ingresó al cerco vestido con un arnés de acero, y con las Siete Armas del ejército del sur.

N'g Lin apareció en la madrugada aún oscura. Llevaba puesto un camisote de cuero de lagarto y sandalias altas de barro endurecido con polvo de herrero. En su mano derecha blandía una azada de metal azul con la que vació, abriendo un canal, el foso sulfuroso, y en la izquierda un alfanje de plata con el que abrió una brecha en el muro de Tse Chiang. El capitán del ejército del Señor de Lué le opuso una resistencia feroz, pero breve.

El sol aún no entibiaba los capullos de seda que cuidaba Cristal de Jade, cuando el gobernador y sus súbditos vieron como el guerrero Púrpura arrojaba al cauce seco del foso la cabeza cercenada de Tse-Chiang.

Xia Lai se encerró tras una valla de madera firme, que daba vuelta sobre si misma como el carey de la concha del caracol y esperó a N'g Lin en el opérculo de su fortaleza, armado con linchacos erizados y protegido con la coraza de algodón y seda que usaban los soldados invencibles de Gran Mogol.

Tres horas demoró el guerrero Púrpura en llegar al centro de la espiral hasta donde retrocedió el maestro Xiao Lai, pero antes que se levantara la brisa vespertina que despeinaba el pelo enjorado de Cristal de Jade, salió al gran Patio de los Desfiles arrastrando el cadáver decapitado del pretendiente.

Hua Zu quiso retirarse del torneo, pero el gobernador le prometió que le quitaría la vida antes de traspasar sus fronteras y que su cuerpo descuartizado sería repartido por los cuatro confines del Imperio.

Entonces al sexto día hizo construir por los criados y soldados que lo acompañaban un baluarte con los lingotes de plata que llevaba para pagar su matrimonio. Su fuerte tenía siete palmos de espesor y refulgía como las escarchas eternas de Daofú. Esperó al guerrero Púrpura protegido por una gramalla de cinco metales y con dos largos tubos de bronce llenos de polvo negro y granizos de acero. En su mano derecha llevaba un mechero de aceite encendido.

N'g Lin se presentó más tarde. Junto a la fortaleza de Hua Zu se vistió con un caparazón de bronce y armado con un tronco de fresno en cuyo extremo brillaba una cabeza de buey torneada en acero, se abalanzó contra la muralla de plata.

Cinco horas resistió el fuerte de Hua Zu y una la lucha

en su interior. Golpes, descargas y un humo gris que hizo irrespirable la tarde en la que hilaba seda impalpable Cristal de Jade precedieron la aparición de N'g Lin. Llevaba el bronce de su armadura chamuscado, cojeaba levemente con la pierna izquierda y cargaba el cuerpo ensangrentado y exánime del rico heredero.

El gobernador creyéndose magnánimo, llamó al poeta Jen-Yu y le ofreció liberarlo del compromiso. El joven se negó.

Entonces al octavo día y antes que Cristal de Jade levantara su cabeza de los almohadones de pluma de ánade donde había dormido, plantó seis estacas de durazno en el centro del lugar escogido y las rodeó con un papel de calicud delgado pero opaco.

Dentro de este círculo suave y vulnerable, con una túnica de cendral carmesí Jen-Yu anunció que esperaría al hombre de los ocho dedos.

Subió el sol por el firmamento dorado del verano y entibió el prado de musgo donde Cristal de Jade reposaba su almuerzo y N'g Lin no se hacía presente.

A mediodía el gobernador cambió por una vez su posición en el palanquín real. Ya sabía que iba a morir y con él su hija, Cristal de Jade, ya que nadie podría protegerla de los peligros de la vida, siempre menores que un ejército de guerreros Púrpura.

Pero cuando ya se percibía un lejano frescor que bajaba de las sierras de Zizhgu penetró en el Gran Patio de los Desfiles el guerrero invencible.

Venía con el cuerpo rutilante bañado con la grasa sagrada de los carneros sacrificiales de M'in Guyen y lo seguía una carreta tirada por seis bueyes. Nueve hombres bajaron de ella una panoplia de arrabio y acero. Quince sirvientes lo vistieron con un vermez de bronce y veinte le calzaron la armadura.

Veintiún soldados cargaron un hacha de dos cabezas, que depositaron a sus pies y veintisiete guerreros llevaron hasta N'g Lin la espada de Ming, uno de los fundadores del Imperio y cuya hoja era tan ancha y tan larga que su sombra podía cubrir el último camino que llevaba a la Ciudad Prohibida.

Sólo se oía el crepitar del papel de seda detrás del cual esperaba el poeta. Un círculo de nubes con la forma de un dragón ocultó el sol desfalleciente cuando, con pasos de paquidermo, N'g Lin se aproximó al cerco de papel. Con un solo golpe de la espada rasgó la suave envoltura de Jen-Yu y apenas necesitó un paso para penetrar su círculo hermético.

El viento cerró la hendidura dejada en el fuerte de Jen-Yu y cuando el gobernador, al fin, ordenó encender las antorchas para iluminar el Patio de los Desfiles, todos vieron al poeta con los brazos levantados, vivo y lo escucharon recitar el poema más dulce en el que mencionaba el nombre de Cristal de Jade.

El gigante, todavía cubierto por su armadura inexpugnable yacía a sus pies, muerto, ahogado en su propia sangre y en la grasa del carnero sagrado, atravesado por la terrible espada que era capaz de dar sombra al camino que guiaba a la Ciudad Prohibida.

Jen-Yu desposó a Cristal de Jade, sus hijos y los hijos de sus hijos habitaron largamente esa tierra y allí la paz duró mil años.

"Torpe, lento, casi inmóvil se vuelve el que tanto se arma. Un pequeño puñal, que palpita escondido en el puño como un gorrion recién capturado, puede destruir a un gigante preparado para combatir un ejército".

"El que ignora por qué un hombre ^{/que} parece tan vulnerable y se protege detrás de un muro de papel, pudiendo hacerlo tras un muro de basalto, tiene miedo y vacila".

"El que no comprende la razón por la que un hombre débil no teme enfrentarse a un monstruo acorazado, perderá la iniciativa y vacilará antes de levantar la espada".

"El halcón armado con un pico de alabastro y garras de acero que evita coger al gazapo que no huye y lo mira, se estrellará fatalmente contra las piedras".

"El tigre que se sorprende al no ver temblar al ciervo, quedará para siempre atrapado en la ciénaga que rodea a su presa".

Así habló Jen-Yu a su suegro, el rico y bondadoso gobernador de la provincia de Shanxi cuando aquél le entregó a Cristal de Jade, su hermosa hija, como esposa y dote de heredad.

DE LOS HOMBRES QUE AUN NO HAN MUERTO

I. Las Tumbas Heladas de Guallatire

En San Pedro de Atacama, un poblado próximo a la cordillera de Los Andes, en el borde del desierto más seco del mundo, un sacerdote francés, el padre Le Paige, levantó y se preocupó de repletar de momias a un museo que ha sido considerado como de regular interés.

Le Paige protegió y conservó las momias de hombres y mujeres de distintas culturas, algunas atacameñas, otras no, pero para muchos, su trabajo más se parecía al de un coleccionista que al de un investigador o arqueólogo. En los hechos, y aunque ello no tenga una significación necesariamente peyorativa, Le Paige era amigo y se reunía con cierta frecuencia con Vittorio Figueroa, aquel controvertido portugués que tenía la colección de camafeos y abanicos más valiosa del mundo.

No sabemos si intercambiaban aquellos objetos que formaban parte de sus colecciones. Pero es legítimo, también, dudar. Los coleccionistas truecan sólo cuando sus obsesiones son de la misma especie. Y este no era el caso de Le Paige y Figueroa.

Indudablemente Le Paige tiene algunos méritos. Creó un museo en un villorrio desconocido e inaccesible y recuperó y clasificó momias y restos de momias. Además, y en cierta medida, interesó a la opinión pública de su país en la arqueología y con ello encauzó alguna corriente turística hacia esa zona paupérrima. No faltaron quienes elevaron al sacerdote a la altura de un Chardin, o de un Barrington, pero con sólo escuchar sus conferencias o visitar su museo donde las momias y los cacharros de greda se disolvían día a día en el polvo milenario del que estaban hechos, bastaba para saber que el jesuita no era más

que un bien informado recolector de desperdicios precolombinos.

En el verano de 1968 una delegación de arqueólogos florentinos, encabezados por Catalino de Bono y en la que participaba como observador el capitán John Fowler, de la NASA, solicitaron autorización a Le Paige para examinar las piezas de su museo. No era la primera visita internacional que llegaba a San Pedro de Atacama, pero sí la más importante. Nadie, en ese momento, se preguntó qué hacía el capitán Fowler, entre expertos de tan vetusta especialidad, ni nadie, tampoco, qué buscaba De Bono, el hombre que más había contribuido desde la arqueología, al estudio del Renacimiento, en el desierto más inhóspito del planeta.

Le Paige no se detenía en detalles. De Bono, simplemente, era el Presidente del XXXIV Congreso Europeo de Arqueología que en 1969 se realizaría en París y su deber era atenderlo como correspondía. John Fowler era un gringo simpático -consta en los testimonios recogidos en la época- y todo el mundo sabe que sin la ciencia y la tecnología contemporánea, por ejemplo, no habría sido posible encontrar los nueve subterráneos de Nínive.

Catalino de Bono y su equipo, en el que participaba activamente Fowler, pidieron a Le Paige cerrar el museo por una semana. De esta manera tendrían verdadera tranquilidad para realizar su trabajo. El cura no puso inconvenientes. El italiano había pagado generosamente, más de lo que generaba el museo en tres años y suficiente, quizás, para construir otra sala. Sala necesaria para exponer las cincuenta y seis momias descubiertas en el cerro Puntudo y que se amontonaban, expuestas al incontrolable calor del día en el patio del policlínico del pueblo.

Durante siete días y premunidos con un sinnúmero de aparatos de alta sofisticación y variadas formas que Fowler llevó desde un camión plateado, los cinco florentinos y el capitán de la

NASA dieron vuelta el museo y sus trescientas doce momias. Grabaron, midieron, filmaron y envasaron el museo en sus complicados artificios y después que se despidieron de Le Paige, se encerraron por dos días en el gran furgón metálico que manejaba Fowler.

Salieron al tercer día, hecho que Le Paige no interpretó como simbólico y Catalino De Bono le preguntó, solamente, por el origen de tres momias no atacameñas que tenía arrumbadas bajo una urna de cristal en un rincón poco luminoso del museo.

-¿Por qué el de esas?- preguntó Le Paige -si no contienen interés ninguno.

-¡Esas!- dijo De Bono y puso sobre el escritorio donde discutían un sobre con dinero, creyendo que era lo que quería Le Paige.

Le Paige no se ofendió. Recogió el dinero y señaló, en un mapa caminero comprado en un servicentro de la EXXON, el lugar aproximado donde creía recordar haber encontrado esas tres momias.

-Necesito la ubicación exacta del entierro- insistió De Bono.

Le Paige pidió algunos minutos. Ya no podía recordar el origen de todas las momias, ni el lugar preciso de todas las tumbas. De algunas sí, de las primeras y de las más queridas. Sin embargo una lucecilla parpadeaba en su memoria -según el mismo reconoce en los testimonios recogidos posteriormente- en relación a la petición de De Bono. Si, algo distinto lo hacía recordar el descubrimiento de esas tres momias envueltas en una escarcha azul e impenetrable.

Las cumbres de Guallatire, ese maciso montañoso cuya sombra enfría las aguas de todas las lagunas de las cumbres, parece estar al alcance de la mano cuando se los mira desde San Pedro. El ascenso de Le Paige a esa cordillera fue posible gracias al

apoyo de los expertos alpinistas venidos de Antofagasta y el hallazgo de las tumbas por las señas que le ofrecieron tres guías, que sólo hablaban quechua y que los abandonaron a media montaña, cuando un frío inesperado empezó a agujerear sus rostros descubiertos.

-Era ese frío inmóvil- recordaría Le Paige -que sólo he sentido en las cámaras heladas de los hospitales de Rouen y ese olor, que precede a las más violentas tempestades cisalpinas lo que nos hizo huír. Porque aún estábamos a una altura de temperaturas templadas y en el cielo límpido de esa mañana no corría una sola nube. Lo recuerdo bien.

Catalino De Bono también había percibido, antes, ese frío y ese olor. En otro lugar que Le Paige, pero también en Europa. Esa mañana, cuando con sus colegas florentinos y el capitán Fowler instalaban el campamento en la meseta del guanaco pocos metros más abajo de donde la tierra calcinada y desnuda marca la nieve del invierno, tuvo la certeza que su teoría era válida y que de ese modo la inscripción atribuída a Miguel Angel en esa lápida de mármol adquiriría un significado más coherente que aquel que Miles, el célebre renacentista, le diera en 1952 cuando fue descubierta.

La inscripción decía:

"Si encontráis un cuerpo incorrupto,
y en su lápida oculto un gran frío,
buscad en las tumbas más altas
el arcano de la vida escondido".

Allí donde le indicara Le Paige el frío era más suave y el olor más tenue, pero de inmediato y de manera incomprensible, en la memoria de De Bono se fijó un día y una imagen. El día, 11 de agosto de 1949. La imagen, la del viejo Baptista Luppi el arqueólogo, con un escoplo en la mano, levantando la tapa

de mármol del féretro de Lorenzo de Médici.

Miles sabía que esa tarde de 1949 De Bono y su maestro Luppi habían encontrado dentro del sarcófago de mármol donde yació el Médici, nada más que un polvo fino y helado. Y sólo después, y en una placa fotográfica pudo leer la inscripción de la superficie interna de la tapa del féretro. Y por ello le dió una interpretación escatológica que satisfizo a los hombres más cultos de la época.

Aún a pesar de la ausencia de los restos incólumes de Lorenzo de Médici -señaló Miles- la presencia de un cuerpo muerto e incorrupto después de largos años de entierro ha sido por todas las culturas y civilizaciones como señal que el alma que lo habitó transitó por la vida justamente. Podían la justicia y la bondad tener distintos significados en el Renacimiento, bajo la dinastía Ming y en las tribus caníbales de Nueva Guinea, pero si un cadáver resistía incólume el paso del tiempo, era signo seguro que ese hombre había respetado, por lo menos, las normas morales de su época. Los responsables del entierro de Médici pensaron que él así lo había hecho. De allí la inscripción.

El frío de la tumba de un gran hombre también aparece como constante en las creencias de distintas culturas. Antes de transitar, o durante el tránsito hacia otra vida, otro mundo, otra dimensión u otra identidad corporal, según sea la religión, el individuo debe morir. Y es el gran frío de la muerte lo que estimula al alma o al espíritu a abandonar ese cuerpo. Si ese cuerpo permanece muerto pero incorrupto, ese frío también persiste en el lugar del entierro y no desaparece hasta que el cadáver se ha hecho polvo en el polvo.

El cuerpo de Médici, no dudó Miles de la información de Luppi, o de De Bono, pudo haber estado convertido en un montón de cenizas cuando fue abierta su tumba. Pero ello no invalida las "creen-

cias" sobre el gran frío y la incorruptibilidad.

Y en cuanto al "arcano de la vida escondido en las tumbas más altas", Miles no titubeó. Era de fácil interpretación. Las tumbas "más altas" son las de los más "altos" sacerdotes, reyes o jefes, quienes siempre tienen un acceso más "expedito" a la vida eterna, que los fieles, los siervos o los soldados.

Luppi murió en el invierno de 1950 y cuando en 1952, otro grupo de expertos fue autorizado para revisar la tumba de Lorenzo de Médici y la de Juliano de Nemour, sólo pudieron leer la inscripción señalada y apenas palpar la misma arenizca, con un leve olor a alcanfor en el fondo marmóreo de la sepultura.

Ese día en el Gualletire De Bono tenía prisa y los científicos que lo acompañaban y el capitán Fowler tuvieron que tragarse el café hirviendo para no perder de vista al profesor, que con sus zapatos de alta montaña, la mochila en la espalda y el zapapico en la diestra, cruzaba ya la línea invernal de la nieve.

Fowler iba al fondo, y cargaba una caja de aluminio llena de instrumentos.

Las indicaciones de Le Paige eran correctas. Catalino De Bono, al llegar al lugar indicado, observó con pena los tres nichos depredados por la mano poco experta de Le Paige. Poco o nada de valor arqueológico quedaba allí. El afán de coleccionista del jesuita no había respetado las normas más elementales de la ciencia excavatoria y seguramente con una pala de campesino y con sus manos rudas, había arrancado de sus tumbas a los tres cadáveres momificados que exhibía en el museo.

-No les dió la oportunidad-

Fue el único comentario de De Bono, al ordenar a sus acompañantes seguir la ascensión hacia tumbas más altas, donde pensaba comprobar su teoría sobre la inscripción en la tumba de Lorenzo de Médici.

Las pequeñas nubes oscuras que se insinuaron por el este, desde los campos de hielo donde separan las aguas Chile y Argentina no inquietaron, como debieron hacerlo, a Fowler, experto de la NASA. Ya era un manto oscuro cuando De Bono puso su pie en la planicie de piedra negra, previa a la cumbre del Guallatire. Bajo ésta, y en una gran roca volcánica, se veía una grieta como una cuchillada helada, que permitía el paso de un hombre. Por ella entraron De Bono y sus hombres dejando afuera la tormenta incipiente que se desataba.

Seis día tuvo que esperar el cuerpo de Socorro Andino, alertados por Le Paige, para subir al Guallatire.

El viento blanco que asoló las cumbres del Guallatire no dejó subir a los helicópteros y cuando la primera patrulla pisó la meseta de piedra negra, ya era tarde. La información oficial dijo que la expedición de De Bono compuesta por cinco hombres, había muerto congelada al ser sorprendida por una tormenta de verano en las cumbres oscuras del Guallatire cuando exploraba unas antiguas tumbas atacameñas. Nada se dijo del cadáver encucillado del adornado guerrero micha, de sus lujosas vestiduras de lana virgen, sus collares de ópalo y sus cascabeles guerreros de lapizlázuli, y menos de los tubos de plástico transparente por donde aún le goteaba la sangre. No se mencionó tampoco, el hecho que ese hombre no tenía el cuerpo momificado, ni que su data de muerte correspondía a la misma que la de De Bono y sus compañeros florentinos. Y también se omitió que el capitán Fowler era un oficial destacado en el departamento de Estudios de Supervivencia de Vuelos Espaciales Prolongados.

Y es poco probable, además, que alguien vincule los estudios, la expedición y la muerte de De Bono a otro episodio más antiguo. A aquel del 12 de agosto de 1949, cuando De Bono y Baptista Luppi pidieron hospitalizar en el hospital psiquiátrico

municipal de Florencia a un hombre que afirmaba era un pariente campesino de la madre de Luppi, y que murió tres días después, insistiendo con desconcierto pero con decoro que se llamaba Lorenzo de Médici.

II. Los cementerios vacíos

John Sinn, un ladrón de cadáveres que abastecía los anfiteatros de anatomía de las escuelas de medicina londinenses (allá por 1684) justificó los altos precios de su mercadería por la gran frecuencia de tumbas vacías que encontraba durante el desempeño de su trabajo.⁽¹⁾

Jean Pierre Blanchard, encargado de la empresa de reducciones del Cementerio Père Lachéise en París, tenía por costumbre citar a los pacientes del muerto cuyos huesos pasarían a una urna pequeña para dejarle el nicho a un deudo más reciente. En más de una oportunidad al abrir el féretro en cuestión lo encontraba desocupado apenas tapizado por una escarcha fina que se evaporaba al instante con un leve olor a alcanfor.

Innumerables son los arqueólogos que han abierto tumbas y destruído pirámides y zigurats en busca de faraones enojados para encontrar solamente espacios oscuros y fríos.⁽³⁾

Se sabe de contrabandistas que al atravesar el altiplano boliviano se han refugiado en grutas heladas y han dormido junto a entierros precolombinos. Muchos de esos viajeros han vuelto a utilizar los refugios y aseguran haber descubierto la tierra removida. Acusan de ello a los traficantes internacionales de momias antiguas.

Hay siete tumbas vacías en el cementerio de Pisagua. Siete tumbas contiguas de siete oficiales bolivianos que murieron en la guerra del Pacífico. Únicamente en ese lugar, en esas tumbas del abrasado norte chileno se han descubierto camadas de un raro roedor de pelaje blanco, y de costumbres antárticas.

Es conocido el misterio que rodea la muerte y el entierro

de hombres tan célebres como Napoleón, Lincoln, o Lenin. Nadie ignora que nunca se ha abierto el sarcófago de porfirio rojo donde estaría Bonaparte, tampoco nadie quisiera ser el responsable de hallarlo vacío. Lincoln fue visto por última vez cuando era sacado del palco donde fue asesinado. Se dijo que su cadáver no había sido embalsamado y que esa misma tarde había sido introducido en una urna hermética de madera de olivo y plomo.

El cuerpo de Lenin, expuesto en la Plaza Roja de Moscú dicen quienes saben, no es más que una perfecta imitación en cera ya que el verdadero, que sí fue visto mil veces en su urna de cristal, desapareció en medio de una tormenta de nieve y bajo la propia nariz de los soldados rojos que le hacían guardia en el crudo invierno de 1931.

Muchas veces, relató John Sinn a Chester Swinburn cirujano del Sussex, ^{/que} los cadáveres frescos que recogía en los cementerios no eran tales. Que al abrir el féretro sentía de inmediato el hálito tibio de los que aún no han muerto. Y ya fueran cristianos víctimas de la terrible catalepsia o criminales a los que la soga del verdugo no había logrado descoyuntar, igual los asistía. A los primeros los devolvía al hospital y a los segundos a la vida trashumante y criminal de la que casi habían salido. Y siempre con algunas monedas, a estos últimos sobre todo y con una recomendación para que enmendaran los pasos que los habían llevado al cadalso.

Pero también habían otros muertos. De esos John Sinn huía y evitaba hablar. Los conocía casi antes de reventar la tapa con el acotillo, porque una neblina gélida y sibilante se escapa por las rendijas del cajón recién cerrado. Una sola vez vendió uno de esos cuerpos. Fue al conocido barbero Archibald Lennox, quien le permitió presenciar la disección. Detrás de un círculo de estudiantes clandestinos, vió como Lennox desvestía el cadáver

e intentaba aplicarle el bisturí. Ese cuerpo era sólido, como un bloque de mármol negro y se encontraba cubierto por un polvillo pálido e impalpable. Sus miembros rígidos no permitían ningún movimiento y sólo la leve humedad de sus ojos permitía distinguirlo de una estatua recién esculpida.

En esa ocasión, dijo Sinn, tuvo que devolver a Lennox el dinero recibido y el cuerpo a la tumba. Recordó que el barbero había despedido a sus alumnos argumentando que no era posible un estudio anatómico de un hombre que había muerto, sin duda, por la diseminación fatal de sus piedras renales.

Profanadores de tumbas han existido siempre y con seguridad es uno de los oficios más antiguos del mundo. Y a ellos se debe el hallazgo de tumbas despobladas en donde sea que se haya encontrado un entierro de reyes o califas, en cementerios del pasado, durante excavaciones arqueológicas o incluso hoy, en los modernos cementerios de las grandes metrópolis. Pero hay tumbas vacías y ausencia de muertos que no sólo pueden explicarse por la acción de estos depredadores.

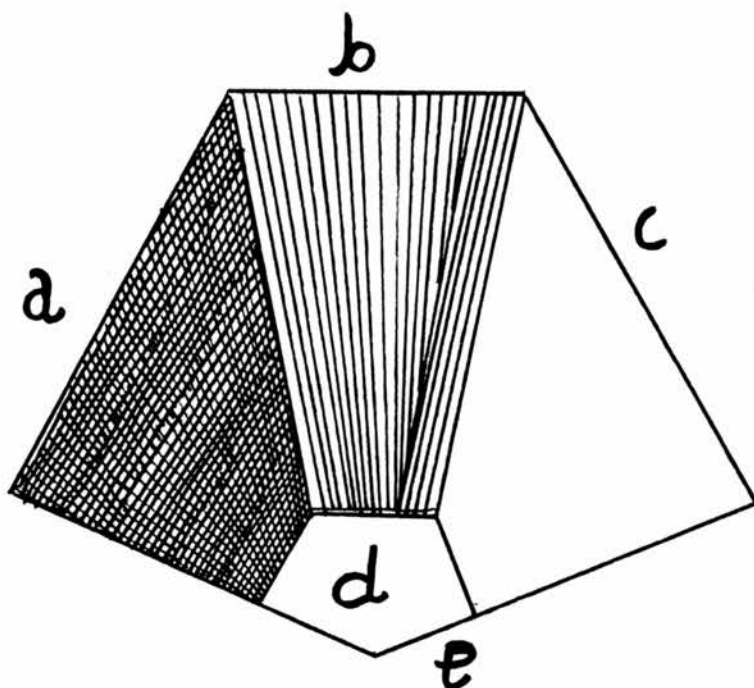
No es fácil saber el destino de esos hombres muertos.

En su libro "Profanadores del Pasado" de Gudrun Heizlinger, (4) la investigadora alemana con más responsabilidad científica que se ha dedicado al tema, deja muchos cabos sueltos. Es cierto que en un gran número de casos persigue al ladrón de tumbas, lo identifica, deduce las causas de su acción y señala el objetivo. Porque los ha habido y los hay por razones de beneficio económico, creencias religiosas, ideologías, causas pasionales y de venganza. Y también por curiosidad e ignorancia.

Gudrun Heizlinger describe la acción depredadora en esos términos, justifica así la existencia de lugares de entierro que durante su estudio se revelaron vacíos. De este modo deja sin explicación por lo menos dos hallazgos que ella misma revela

y que no puede atribuírse a terceros.

El primer testimonio de Gudrun Heizlinger se refiere al gran cementerio burgundio de Dijon. Este sitio fue descubierto por Maurice Rennes en el curso de las excavaciones que realizaba buscando el muro oeste de la antigua villa de Auxonne. Uno de sus ayudantes descubrió las características tumbas de ese período y que ocupaban un espacio poligonal, seguramente pentagonal, de aproximadamente ocho acres de superficie. Los estudios inmediatos revelaron que en ese lugar no había sido enterrado nadie después del 410 d.c.



Este cementerio correspondía claramente al entierro burgundio más importante de toda la región franca y estaba dividido en tres secciones donde habían no menos de cuatro mil sepulcros. En el vértice de este pentágono, dirigido hacia el sur, se descubrieron también, las hermosas ruinas de un templo encolumnado en el que, según Gudrun Heizlinger, se llevaban a cabo las ceremonias fúnebres.

El sector poniente del cementerio (a) correspondía a los siervos como lo demostró con claridad el modesto contenido de ellas. El sector central (b) estaba reservado a los funcionarios

públicos, recaudadores, comerciantes y pequeños dignatarios, encontrándose tumbas más ricas a medida que ellas se acercaban al templete (d). El tercio oriente del cementerio estaba ocupado por las tumbas de los guerreros, que al igual que las dos anteriores, las más próximas al área (d) correspondían a los de mayor jerarquía.

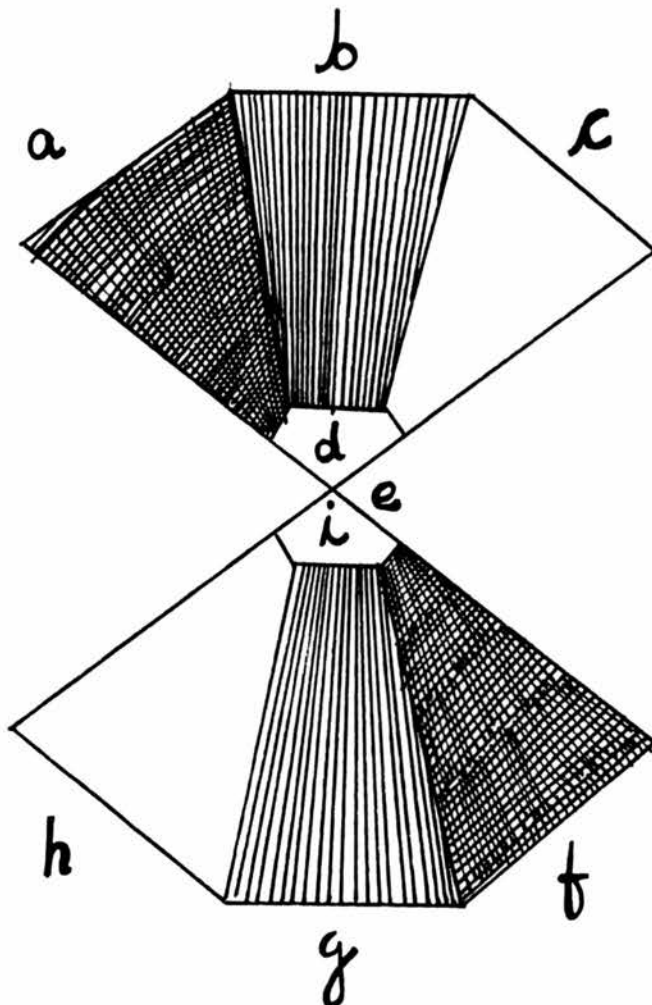
Rennes encontró, además un sector de la muralla que buscaba, lo que lo hizo abandonar los trabajos en el cementerio, cuya disposición, áreas y arquitectura lo dejaron satisfecho para dedicarse por completo a rastrear los cimientos y las riquezas que suponía encontraría entre los restos de la vieja Auxonne.

Los trabajos en esta región se interrumpieron, sin embargo, a mediados de 1915, ya que la cercanía de las tropas prusianas transformaron a la arqueología en ese sitio, en una especialidad muy peligrosa.

Maurice Rennes murió en 1921, pero su ayudante, un tal Jules Henriot del que la Heizlinger no aporta más datos y sobre quien posteriormente no ha sido posible averiguar nada más, regresó a Dijon. No había estado de acuerdo con su notable maestro desde un principio porque su interés no recaía en las ruinas de Auxonne, sino en las del cementerio Burgundio. Además tenía la certeza que los restos de ropas que cubrían los huesos en las tumbas en (a), algunas monedas y objetos de valor en el sector (b) y las armas y protecciones guerreras de los enterrados en (c) lo tentaban a pensar que esa tribu había logrado un desarrollo superior al que en esa región y en esa época le atribuyera Rennes a pueblos locales, y eso, indudablemente, daría otro significado e importancia al paso por lo que es la Francia moderna de los visigodos, vándalos, burgundios y los propios francos. Junto a ello le extrañaba no encontrar la tumba de ningún sacerdote, de ningún rey, de ningún guerrero de alcurnia.

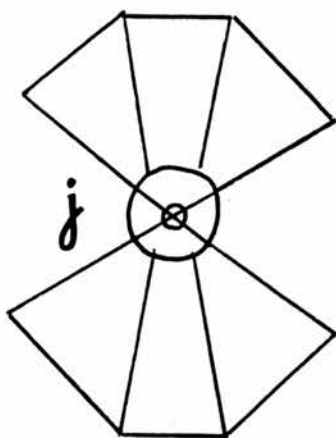
Henriot con su mujer, terminada la guerra, se instalaron en un hotel en el centro de Auxonne y durante tres meses excavaron, limpiaron y trataron de poner en orden el nicho arqueológico descubierto por Rennes y que la guerra no había dejado de alterar. Casualmente Julianne, su compañera, y mientras recogía hierbas medicinales en el vértice oeste del templo funerario (e), tropezó con el extremo superior de una lápida. Ella seguramente había sido expuesta por algún obús durante el bombardeo de Dijon pues de haber estado donde ella la encontró, no habría pasado inadvertida a Rennes.

Respaldado por su descubrimiento Henriot consiguió algunos fondos del ayuntamiento local y con dos estudiantes de arqueología y algunos trabajadores agrícolas sin trabajo, descubrió la otra mitad del cementerio burgundio. Era simétrica con la anterior y su extensión estaba abierta hacia el sur.

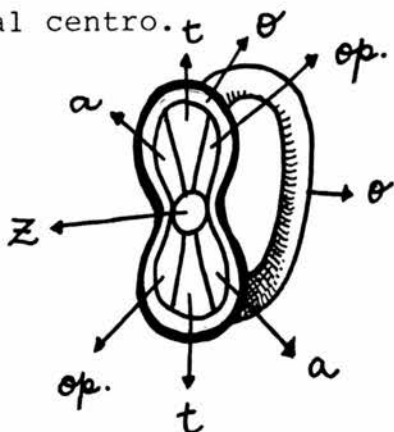


Las áreas de entierro se configuraban en espejo, de tal modo que la de los siervos de la segunda área (f) enfrentaba en diagonal a la primera (a), la de los funcionarios caía detrás del mausoleo central y la de los guerreros (h) tomaba la disposición de las primeras en relación a la homóloga del área descubierta por Rennes (c).

Sin embargo el hallazgo mantenía sin respuestas las inquietudes de Henriot quien perseveró en su trabajo y consiguió otros dos hallazgos. Al excavar en el espacio entre los dos templetos descubrió que aquel espacio no era tal, ya que las columnatas configuraban un círculo, en el centro del cual encontró los restos de un altar o tabernáculo también de forma circular.



El segundo, que interpretó adecuadamente, pero que no supo valorar, fue el desentierro, en la zona libre entre ambos pentágonos funerarios (j) de un anillo de oro, ópalo, topacio, aguamarina y zafiro con el diseño mágico de un símbolo druida. Era por lo demás la misma forma del cementerio, con la piedra más valiosa al centro.



Entonces a Henriot se le ocurrió buscar bajo el templo y bajo el tabernáculo y encontró ochenta tumbas, con evidentes señas de haber servido de entierro a altos dignatarios, generales y druidas. Todas estaban vacías.

Gudrun Heizlinger llega hasta aquí. Las publicaciones conocidas de Rennes informan del descubrimiento del primer pentágono. El computador de la Universidad de París sólo entrega datos de un tal Marcel Henriot, músico del S. XVII, que había compuesto tres sonetos para violín. No hay información acerca de otro Henriot, Jules.

El otro testimonio de Gudrun, en el que tampoco aventura presunciones sobre las causas de tantas tumbas vacías, lo cita en un lugar próximo a donde se cree estuvo Cartago. Revela que informadas por un grupo de beduínos de la posible existencia de restos de reptiles fósiles, las autoridades tunecinas enviaron a las proximidades de Ebba Ksour a un grupo de tres zoólogos del museo de La Goulette. Después de varias semanas de trabajo y estudiar los restos, estos investigadores concluyeron que se trataba de ocho tumbas enormes y ocho pequeñas. Que las mayores albergaban los esqueletos inconfundibles de igual número de elefantes con sus valiosos colmillos, y que las menores, cada una labrada en la piedra, al lado de su homóloga mayor, estaban vacías. Que sin duda allí y en su momento recibieron entierro hombres principales, pero sobre los cuales no había rastros; excepto quizás un polvo reluciente que desaparecía casi de inmediato al exponer los nichos y que de no estar en el lugar en que estaba, podría afirmarse que era muy similar al hielo seco.⁽⁵⁾

Hoy se sabe que Aníbal hacía enterrar con grandes honores a los elefantes heridos en sus campañas guerreras. Pero que tampoco perdonaba a sus conductores, a quienes responsabilizaba y ejecutaba por la muerte de esos valiosos animales. Les asegu-

raba, para su consuelo, entierro de generales.

Se dice que hay hombres que persiguen la historia y otros que han aprendido a persistir en ella. Quienes manejan la inmortalidad, la enseñan o la aplican a quienes creen necesario. Todos deben morir y ser enterrados para poder volver a vivir. Quizás esa sea la razón de tantas tumbas vacías.

- (1) "Confesiones de John Sinn" en Historia de la Cirugía. Harvard Press 1951.
- (2) Crónicas del Père Lachaise
- (3) En Historia de la Arqueología. A. Harriman, W.Post 1947.
- (4) "Profanadores del Pasado" Gudrun Heizlinger Springer Verlag. 1950.
- (5) Ibid.

III. Encuentro en ...

Esa noche, mientras comía con mi hijo, lo sorprendí varias veces mirando, con sigilo, a una muchacha más o menos de su edad que estaba, en ese restorán, en una mesa a mi izquierda.

No le comenté nada. Era hermosa la niña y cuando se tienen doce o trece años, a veces, se siente una gran culpa cuando se descubre la belleza en otro.

Me acuerdo que estaba comiendo un pato con salsa de limón y él una hamburguesa con papas fritas y sin embargo hablábamos de la inmortalidad.

No es que siempre hablemos de estas cosas. A veces ^{/no} hablamos y cuando eso sucede es que realmente no es necesario hablar. También conversamos del rugby, de Garfield y también nos contamos películas. Pero esa tarde, aunque ya era de noche, mi hijo no estaba muy concentrado. Es cierto que la inmortalidad no debe ser su máximo interés, a su edad se es inmortal sin dificultad, pero es que además y por momentos, se le iban sus ojos y se quedaba silencioso mirando a la hermosa niña la que llevaba una melena de color castaño oscuro enmarcándole la cara y unos hermosos ojos negros.

Yo estaba recordando a Carlos, mi amigo desaparecido después del Golpe de Estado y le decía lo diferente que todo habría sido si él aún estuviera vivo. Que hay hombres que cuesta sentirlos muertos, que muchas veces es imposible y que quizás están vivos pero nosotros no lo sabemos.

Mi hijo me miraba, pero su atención más estaba en la muchacha, que junto a su madre cuchareaba una sopa con desgano.

También, esa noche, le conté las veces que había soñado

con Jorge, que fue asesinado después de ser detenido en La Moneda y que cuando me despertaba, lúcido, tenía la inefable sensación de que estaba vivo de verdad.

Y le decía que talvez ellos eran parte de esos hombres que aún no han muerto. De esos hombres, algunos grandes y otros pequeños que han aprendido a sobrevivir no en el recuerdo de otros hombres, sino que gracias al recuerdo de otros hombres. Y que están tan vivos como nosotros.

-¿Tan vivos?- recuerdo que me preguntó mi hijo.

-Tan vivos- le respondí -que en cualquier momento podrían entrar por esa puerta y sentarse a comer en la mesa del lado.

Mi hijo pinchó una papa frita con el tenedor y se quedó mirándome.

-Sólo cuando veo televisión tengo esa idea- me dijo -porque es ahí donde uno ve, irremediabilmente vivos, a personas que están irremediabilmente muertas.

Yo le dije que algo de eso podía ser cierto. Pero él nuevamente se había desinteresado y yo tuve la certeza, que con el tenedor levantado, le ofrecía una papa frita, dorada, a la pequeña niña que no se convencía -yo la miraba de reojo- que tenía que terminar esa sopa aguachenta.

Que algo de eso podía ser cierto, porque yo tenía un amigo que estaba haciendo una investigación secreta y demasiado loca. Biedermann era siquiatra y amigo cercano. El también había querido entrañablemente a Jorge y estoy seguro que hasta hoy no está

convencido de su muerte. El me decía que en nuestro inconsciente, un hombre cercano que ha muerto, no lo está realmente hasta que así lo soñemos. Ni él ni yo jamás hemos soñado a Jorge ni a Carlos ni a tantos otros, como estando muertos. Los sueño definitivamente vivos, dialogantes, vivo con ellos situaciones originales y recuerdo con ellos, en el sueño, episodios reales pero

no recordados antes.

Biedermann había tenido acceso al archivo de películas y videos de uno de los canales de televisión de Santiago y había logrado copiar algunas películas y videos documentales o noticiarios de distintas épocas, anteriores incluso a la segunda guerra mundial. Y me decía, casi seguro, que había descubierto algo notable.

Yo le contaba esto a mi hijo que claramente había perdido el apetito. Media hamburguesa y un respetable montón de papas fritas habían quedado sobre el plato y además había rechazado el postre. Y tampoco seguía mi relato. Con la barbilla apoyada en sus manos y los codos sobre la mesa, ya miraba con desenfado a la chiquilla, que por fin había terminado la sopa y también le daba algunas miradas.

En dos o tres ocasiones Biedermann me había mostrado su trabajo. Los que estaban más próximos a convencerme, aunque tenía muchos otros, eran uno sobre Humphrey Bogart y otro sobre Ernesto Ché Guevara.

El primero se basaba en varias de las películas del actor, documentales, una película de Woody Allen en que aparece una parte de Casablanca y un homenaje fílmico que le hicieron en Nueva York en 1962.

El trabajo sobre el Ché Guevara se reducía a una sola filmación, una de las últimas que se le hicieron. Aquella en la que el revolucionario cubano habla al plenario del encuentro de Ministros del área económica de América Latina en Montevideo.

-¿Quién es Humphrey Bogart?- me preguntó mi hijo con el vaso de Coca-Cola en la mano.

-Una especie de Cocodrilo Dundee más sofisticado y urbano- le contesté.

Mi hijo volvió a fijar la mirada en la muchacha. No sé

si mi respuesta fue ilustrativa, pero indudablemente su interés estaba en la mesa de mi izquierda.

La madre de la chiquilla era joven, pero se veía algo marchita y tenía una mirada de desconsuelo que contrastaba con los ojos brillantes de la niña. Por un momento pensé en decirle a mi hijo que invitara a la niña a comer un postre con nosotros. Porque la había visto terminar su sopa y seguir con una taza de agua caliente y cáscara de naranja. Pero ello habría ofendido el pudor de mi hijo y la dignidad de ellas.

Además, quizás la pequeña estaba enferma, aunque no podía ver lo que había comido la madre.

Me tranquilicé con rapidez. Alguna poderosa razón, que no podía ser la falta de dinero, las hacía ser tan frugales en ese sitio destinado al turismo.

En la película el Motín del Caine, una de sus últimas creo, aparece un Bogart envejecido por la paranoia, más aún por el maquillaje, pero ni este ni su trabajo como actor, regular en este caso, lo envejecían lo necesario para ocultar su verdadera edad. En Casablanca, Bogart es el Bogart que todos conocemos y recordamos. Sin embargo hay una diferencia entre el Bogart, -para Biedermann significativa y notoria-, que aparece en la cinta de "El Motín", y de "Casablanca" que recordamos haber visto con la que él consiguió en la videoteca y con el que aparece en el trozo de Casablanca en esa película de Woody Allen. Y una mayor entre esta última y las imágenes mostradas en el homenaje de 1962 en Nueva York.

Aseguraba Biedermann y trataba de demostrarlo deteniendo la película en los cuadros necesarios, que no se trataba de afeites, maquillajes ni trucos, que simplemente Bogart iba envejeciendo. Que todas las películas reproducidas después de la muerte de Bogart, mostraban otro Bogart, más viejo. Estaba convencido

que Bogart no había muerto en la fecha que se dijo, y que de ello no habían escapado sus películas ya filmadas que de alguna manera recogían y reproducían su paulatino envejecimiento. Hasta las de la película de 1962, en que Bogart es el Bogart de Casablanca. Postula Biedermann que Bogart pues, murió después de la fecha en la que se la hizo pública, pero antes de 1962. Entonces, después de esta fecha ya no es posible tener argumentos para sustentar esta teoría. Pero si en todas las anteriores, en la que, en alguna parte Bogart estaba vivo y su vividad, palabra acuñada por Biedermann, modificaba, envejeciéndolo, su aspecto, ya que correspondía a la realidad del Bogart vivo.

Lo más extraordinario, continuaba Biedermann, consistía quizás en otra cosa. Que el envejecimiento de aquellos, que aún no han muerto, sólo era reflejada en los documentos fílmicos que sobre ellos existían, porque en la vida real, clandestina y subrepticia que llevaban, conservaban el aspecto y la juventud del día mismo en el que habían "muerto".

Y mostraba dos cuadros del público de la entrega de los Oscars de 1960, en California. Biedermann ampliaba al máximo con el zoom de sus equipos y señalaba un asistente al acto, con un dedo triunfal. El parecido con Bogart era innegable, con el Bogart de Casablanca, aunque tenía por fuerza que aparecer varios años mayor.

El otro era el del Ché Guevara. Nadie puede creer que el cadáver presentado por el ejército boliviano sea del del Ché.

Mi hijo recuperó parcialmente el interés. El Ché Guevara era conocido para él. Pero seguía atento a la niña. Su madre había pedido la cuenta y pagaba con algunas monedas. La chiquilla se pasaba la mano por el pelo y se miraba en el vidrio de la ventana, que reflejaba su imagen flotando en el agua oscura de la rivera.

Tenía Biedermann menos documentos para probar lo del Ché que lo de Bogart o de otros personajes. Pero por razones que no es necesario explicar me interesaron los del guerrillero argentino.

Mi hijo me interrumpió con su mano. Ellas se iban. La niña había dejado la servilleta doblada con cuidado, como si pronto la tuviera que volver a usar. Delicadamente, quizás con estudiada coquetería se levantó de la silla, miró a mi hijo y siguió a su madre por el pasillo alfombrado. Al llegar a la puerta franqueada por columnas doradas y retorcidas se dió vuelta. Una enorme tristeza iluminaba su hermoso rostro.

Durante cinco minutos quedamos en silencio. Mi hijo se tomó su café con sorbos cortos. No quise prometerle que podíamos salir a buscarla al día siguiente. Al día siguiente ya nos íbamos y era seguro que no la volveríamos a ver.

-¿Acaso el Ché está vivo?- me preguntó de repente.

-No lo sé, eso cree Biedermann.

Pero había una imagen impresionante y un hecho clarificador. Este hecho consistía en que era casi de público conocimiento que hombres de la inteligencia cubana habían retirado, comprado o quitado de todas las filmotecas o videotecas públicas o privadas todas las filmaciones en que aparecía el Ché. Excepto, por lo menos, la que Biedermann guardaba en su casa y que mostró una sola vez, en 1979.

Era una película que no ha vuelto a pasar nunca más, ni siquiera para verla él. Ahí se veía al Ché dirigiendo su famoso discurso en Montevideo. Por entonces Guevara no tenía cuarenta años; pero la imagen lo mostraba muy canoso, grueso, sin duda un hombre de más de cincuenta.

-¿Cómo puede envejecer en la película, aunque no esté muerto?- mi hijo miraba de vez en cuando hacia la puerta.

-La película recoge, cuando ese hombre no ha muerto, su verdadero proceso de envejecimiento.

-¿Todos morirán de viejos?

-En eso parece concluir la teoría de Biedermann.

Hacía calor. Pagamos la cuenta y caminamos hasta el hotel. A mitad del camino nos sorprendió un chaparrón de agua fresca y cuando llegamos estábamos empapados.

Yo sé que mi hijo durmió intranquilo. Se movió y habló en sus sueños, pero se levantó contento, con hambre y ganas de salir. Le había prometido llevarlo a un lugar muy especial antes de abandonar la ciudad. Tomamos un taxi temprano, después de dejar las maletas consignadas en la portería. El tren salía poco después del mediodía.

Había una corta cola para pagar la entrada, pero pronto estuvimos adentro y subimos la primera escala.

Entonces mi hijo, cuando pasamos a la primera pieza, me detuvo tomándome por el codo. Estaba ligeramente pálido, pero sonreía.

-Es ella- me dijo.

Desde la pared, una fotografía de Ana Franck nos miraba. Era ella.

Dejamos la casa de Ana después de recorrer sus tres pisos, recogimos las maletas del hotel donde nos habíamos alojado, observamos desde lejos como se mecía en las aguas del mar del norte el restorán flotante donde habíamos comido y conocido a Ana y entramos en la estación para tomar el tren que nos llevaría a Bruselas.

En alguna parte, en algún puente o en alguna vereda junto a un canal, en el viejo Amsterdam, Ana Franck se despedía de nosotros.

Encuentro en Amsterdam